



# ALASKA

LA VIDA EN LA CABAÑA

*Ariadna Baker*

# ALASKA

LA VIDA EN LA CABAÑA

Primera edición.

Alaska. La vida en la cabaña.

Ariadna Baker.

©Noviembre, 2019.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

# Capítulo 1



Respiré hondo, muy hondo, conté hasta mil quinientos, más o menos, por encima y luego miré hacia un lado para resoplar.

—Le estoy diciendo que debe abandonar el bar, o me verá obligada a llamar a las autoridades —me crucé de brazos volteando los ojos.

Ese hombre que había entrado en tal estado de embriaguez quería seguir bebiendo y yo no le pensaba servir.

—Puedes llamar a las autoridades, a los bomberos o al presidente del gobierno, que quiero una cerveza picante —le costó la vida soltar esa frase, mientras se meneaba a ambos lados.

—Aquí el presidente del gobierno —dijo un chico sonriente, cruzándose de brazos, que lo había escuchado.

El hombre con la embriaguez se fue a girar y cayó al suelo.

—¡Ay dios! —dije secándome las manos en el corto delantal y saliendo.

Ayudé a levantarlo y lo sentamos en el suelo.

El chico cogió su teléfono y dio la dirección, una ambulancia no tardó en venir por el hombre para llevarlo al hospital, allí le quitarían la borrachera.

—Me llamo Otto —dijo alargando su mano y sonriendo.

—Soy Dakota —le apreté con firmeza mientras sonreía—. Te debo una cerveza —le señalé hacia dentro.

—No, por favor, esto es mí, día a día —se sentó en el taburete.

—¿Eres médico?

—No —soltó una risa floja—. Soy policía.

—Vaya, con razón esa soltura —miré a otro lado volteando los ojos.

Guapo, simpático, policía y...

—Seguro que estás casado —solté sonriente, provocando una sonrisa en él.

—Hace una semana que nos dieron el divorcio —me devolvió una amplia sonrisa—. Una cerveza de estas, por favor —señaló a una de las artesanales de la localidad.

—Algo le harías... —dije riendo con descaro, mientras le echaba la cerveza.

—¡Hombre! —Se echó un hacia atrás, como una queja, riéndose—. Eso es un golpe bajo.

—¿Entonces? —pregunté en modo cotilla.

—Digamos que se nos rompió el amor, bueno a ella —volteó los ojos y cogió el vaso, señalándome con él, y le dio un trago.

—¿Ella te dejó?

—Una cosita, ¿no serás juez verdad?

—Pero... ¿Tú no me ves? Detrás de una barra, con este pequeño delantal, sirviendo cervezas, blanco y en botella, de todo menos juez —reí con la mano en la boca.

—Y simpática...

—Más me vale, si quiero que vuelvan los clientes —sonreí con ironía.

—Estás atravesando un mal momento, ¿verdad?

—Aparte de poli, ¿eres vidente? —pregunté con asombro.

—No, pero para ser poli, hay que tener un poco de psicología —arqueó la ceja.

—Pues acertaste, estoy en un eterno mal momento, y lo peor, es que tiene pinta de durar veinte años más —resoplé.

—No entiendo... —dijo aturdido.

—Es un decir... —Volteé los ojos.

—O sea, me sacas una parte íntima de mi vida y ahora me dejas con la incógnita de tu eterno mal momento —negó sonriendo.

—Un segundo... —Fui a atender a unos chicos que entraron y se pusieron al otro lado de la barra. La cosa estaba tranquila, a esa hora entraban a cuenta gotas.

Puse las cervezas, les cobré y volví donde Otto.

—Entonces, ¿me lo vas a contar?

—Anda que no eres chismoso...

—¡Encima! —exclamó riendo.

—Pues estoy casada desde hace tres años, el último está siendo el paraíso de la muerte en vida.

—El paraíso de la muerte en vida... ¿Qué significa eso? —preguntó moviendo la cabeza rápidamente, sin entender nada.

—Significa que hace un año lo echaron del trabajo, comenzó a beber, no venía a ayudarme si quisiera y se quedó en el sofá perenne, haciéndome la vida imposible —cogí aire y lo solté con fuerza.

—¿Por qué no lo dejas?

—Pusimos en venta la casa, es la única forma de que él se pueda ir con su parte y yo con la mía, así podré comprar una de las cabañas del sur de la ciudad, hasta entonces, nos tenemos que aguantar y créeme, que eso es el paraíso de la muerte en vida.

—Pues sigo sin entender lo del paraíso...

—Pues es muy sencillo —puse el trapo sobre la barra y apoyé los brazos—. Esto es el paraíso, pero yo estoy muerta aquí, o sea, paraíso de la muerte en vida —repetí.

—Te lías tú sola —dijo asombrado aguantando la risa.

—No, el cortito eres tú, por muy poli que seas —le causé una sonrisa de negación.

—Vale, vale —levantó las manos en son de paz.

Era atractivo, no era un hombre de esos guapos imponentes, pero tenía un físico espectacular y una cara de lo más tierna, además, tenía mucho sentido del humor, eso que tanto faltaba en mi casa, suspiré, pensando.

—Nunca te vi por aquí...

—Claro, me trasladé aquí esta semana, conseguí que me cambiaran de ciudad tras el divorcio, me cogí una casa al principio de la calle, donde el supermercado.

—Ahora entiendo, era raro que se me olvidara una cara, sobre todo, cuando somos tan pocos habitantes —sonreí.

—Pues ya tienes la explicación —sonrió feliz.

Su sonrisa era cautivadora, al igual que esa mirada noble que tenía, para ser policía se le veía una persona de lo más tranquila, aunque supuse que cuando estaba de servicio, sacaría al agente que había en él.

Se despidió un rato después.

—Bueno, ahora sí que me voy, ha sido un placer conocerte.

—Gracias, Otto, igualmente —sonreí.

Mira que era mono, simpático y encima poli, como para que mi imaginación no volara después de la escasez que estaba pasando. Me reía solo de pensarlo.

Un rato después apareció Ivana, la chica que me hacía la tarde hasta el cierre.

—No veas el pedazo de poli que vino antes —dije soltando una carcajada.

—¿Vestido de uniforme? —Se puso la mano en la boca.

—¡Qué va! Entonces me lo habría tirado en la barra —reí.

—Y luego me lo hubiera tirado yo, mi marido está de un insoportable... —dijo, negando con la cabeza.

—Vaya, no me lo imaginaba.

—Está raro y ya ni, aunque me vea paseando en pelotas por la casa, no hace el más mínimo intento de hacer nada — resopló.

—Pues no sé, pero siempre se le vio muy enamorado.

—Ya, eso siempre pensó todo el mundo de Clark, pero la verdad es que cambió, no sé por qué, ni cuando, pero lo hizo —dijo con tristeza.

—¿Estará pasando un mal momento?

—El mal momento lo estoy pasando yo, que no sé qué le pasa y mira...

—Pero ¿le has preguntado?

—Claro, pero siempre me dice que está cansado de trabajar, ni que estuviera todo el día con una azada arando el campo, ¡que trabaja en una oficina sentado! —Volteó los ojos— Le cogí el móvil a escondidas y me quedé helada...

—¿Por?

—Le quitó la clave, ahora solo se puede entrar con su huella —se encogió de hombros.

—¿Piensas que hay otra?

—Pienso que hay algo... —Su cara era de tristeza.

—Bueno, espero que solo sea una mala racha, yo apuesto por vuestra relación.

—Y yo apostaba por la vuestra y mira...

—Bueno, tienes razón, pero no tiene por qué pasarte igual.

—Lo sé, pero...

—Estás mal.

—Muy mal, yo amo a Clark con toda mi alma, no hay hombre en la faz de la tierra al que pudiera amar como lo amo a él.

—Ya, pero, bueno, eso nunca se sabe. Espero que se os solucione, ahora me voy, tengo cosas que hacer en casa, pues el macho que hay allí, seguro que del sofá no se movió —negué soltando el aire.

Salí de allí y me fui hacia la casa, el olor al llegar era de esos que te daban una bofetada, alcohol, a eso olía.

—Han llamado de la inmobiliaria —dijo desde el sofá tirado con voz de embriaguez.

—¿Y? —pregunté de forma borde.

—Se quedan la casa, en un par de días firmamos, nos dan un mes para dejarla...

En ese momento me dieron ganas de ponerme a chillar y saltar de alegría, por fin me iba a quitar de encima, al hombre que consideré que era el amor de mi vida, pero que se había convertido en aquello que quería lejos.

Me puse a recoger la casa, la ropa, el fregado, no movía ni un dedo, asco me daba pensar cuando viviera solo...

A la mañana siguiente me fui a la inmobiliaria, tenía ganas de saberlo todo y me confirmaron y me explicaron. Al día siguiente iríamos a firmar tal como me había dicho Erwin, mi marido, por poco tiempo, ya que a la semana siguiente firmaríamos el divorcio como dijimos, una vez vendida la casa.

Volví al bar, ese que me daba para comer y poder vivir un poco tranquila, no es que ganara mucho, pero sí lo suficiente como para mantenerme bien, además de darme para pagar a Ivana, y yo, poder descansar un poco, pues antes me mataba yo desde que abría, al cierre y aquello no era vida.

Ese día era uno de los más tranquilos, así que me dediqué a limpiar bien el bar, me encantaba ese local, entero de madera, hecho a mi gusto. Recuerdo cuanto tarde en abrirlo, pero lo quería tal cual, de esa forma y era mi ilusión verlo de aquella manera.

—Buenas tardes, James —era un chico que vivía por la zona y cuando salía de trabajar a las tres, paraba a comer y luego venía a tomar su cerveza.

—Buenas tardes, Dakota. Estás muy sonriente, ¿buenas noticias? —Él era conocedor de mi situación.

—Mañana firmamos la casa.

—¿En serio? ¡Felicidades!

—Estuve esta mañana en la inmobiliaria para corroborar lo que me había dicho Erwin, y sí, mañana se firma —aplaudí emocionada —Además, la cabaña que me quiero comprar bajó de precio, así que me sobrará bastante de mi parte de la venta.

—¡Qué bueno! Eso es una gran noticia. Ahora a amueblar tú cabaña y vivir tranquila.

—Bueno, la suerte es que está entera amueblada y con electrodomésticos, todo nuevo, así que está para meterme y ya.

—¿Y cuando quieres firmar?

—La semana que viene me dijeron que podía, mañana, una vez que firme la venta, me pondré a empacar todas mis cosas, quiero que el mismo día que la compre, hacer la mudanza.

—Me alegra mucho, si te puedo ayudar con ello, solo tienes que decírmelo.

—Gracias —sonreí poniendo su cerveza sobre la barra.

—Imagino que tendrá buenas calderas y calefacción.

—Sí, está totalmente preparada, ya te digo que está para meterse.

—Me alegro mucho, te lo mereces, eres muy trabajadora.

—Bueno, no nos queda otra que trabajar en esta vida, no nacimos ricos —sonreí.

—Tienes razón, quizás en otra vida...

—Calla, con la suerte que tengo, si vuelvo a nacer, seguro que me toca en medio de una guerra —solté el aire.

—No seas exagerada.

Ese día lo pasé nerviosa, me daba miedo a que algo sucediera y no se pudiera firmar, pero no, no fue así.

El jueves por la mañana desperté a Erwin y le pedí que se duchara, capaz era de ni hacerlo, estaba completamente dejado, diferente, en el fondo me daba pena verlo así, pero nada podía hacer, había luchado contra viento y marea, pero no había conseguido nada.

Con la firma realizada, llamamos a los abogados para que preparasen el divorcio, ya teníamos en el banco cada uno nuestro dinero y habíamos separado lo que costaría la separación, así que nos pusimos manos a la obra para que todo se hiciera cuanto antes.

Finalmente yo firmaría mi compra el lunes y soñaba con ese día, así que el fin de semana se me pasó lento, aunque lo aproveché para empacarlo todo, cuando no estaba trabajando. Estaba nerviosa, deseosa de salir de aquella casa cuanto antes, aquello me resultaba incómodo y estresante.

Y llegó el lunes y yo con los nervios a flor de piel.

Firmé por fin la compra y me dieron las llaves, ese día me lo cogí libre, alquilé una empresa de mudanzas que trasladó todas mis pertenencias esa misma tarde.

Le dejé mis llaves a Erwin y quedé en que nos veríamos en esos días para firmar el divorcio.

Ni se inmutó, a todo me decía que sí con desgana, pasaba de mí, como de la mierda, era increíble en lo que se había convertido.

Me alejé de aquella casa sabiendo que allí, dejaba enterrada una parte de mi vida.

Mi cabaña era espectacular, tenía dos dormitorios, salón, cocina y baño, además de una preciosa terraza mirando al canal, aquello era un lugar para relajarse y vivir, eso era lo que necesitaba vivir, no malvivir como lo había hecho el último año.

La cabaña era nueva, coqueta, con una calefacción que te hacía estar de lo más cómoda, ya que el invierno en Alaska, era muy duro.

Decoré un poco aquello, coloqué mi ropa, mis objetos personales y me senté en ese sofá mirando afuera, al canal, las puertas grandes de cristal daban lugar a unas vistas increíbles.

Mi madre se había ido a vivir a Canadá hacía cinco años, se enamoró de un militar y se fue con él a su país, yo no tenía hermanos y, además, mi padre estaba aquí en Juneau, la capital de Alaska, donde yo vivía, aunque él, no quería saber nada de mí, más que nada porque en la vida, hizo nada por verme.

Miré alrededor y suspiré con ese café entre las manos, ahora, al menos, esto era mío, solo mío, de nadie más y con eso, me sentía la mujer más afortunada del mundo.

Esa noche dormí extraña, demasiada paz en aquel lugar, esa que necesitaba, pero estaba extraña.

Fue una semana un poco caos, finalmente firmamos el divorcio el jueves y me fui con mi amiga Martha, a comer y a celebrarlo. Por fin, tenía en orden mi vida.

—Al final vas a estar muy bien, ya lo verás —dijo acariciando mis manos.

—Ya lo estoy, esa cabaña es mi cabaña, mi hogar, nadie puede decidir sobre él y sé que ya tengo un techo pase lo que pase.

—Tienes razón, además, solo tienes treinta y tres años, toda una vida por delante.

—Solo quiero vivir para mí, últimamente lo hacía para mí y para él, que no movía un dedo y me tenía la casa hecha un asco, así que me mataba doblemente y eso no lo quería, pero para vivir dignamente me tenía que poner como un trapo, todo el día limpiando después de trabajar o antes de ir hacia el trabajo.



—Lo sé.

—Bueno y, ¿cómo sigue tu madre?

—Ahí va, desde que murió mi padre no levanta cabeza, vive encerrada en esas cuatro paredes y parece que va a permanecer mucho tiempo así.

—Vaya, con lo joven que es...

—Sí, pero ella se condenó sola, no supera lo de su marido.

—Quizás con el tiempo...

—Eso espero —sonrió—. Yo tengo ganas de irme a vivir sola, mi trabajo en la Farmacia es estable, tengo ahorros, me puedo comprar una casa y pagarla poco a poco, pero si me voy, sé que hundo a mi madre del todo.

—Pero ella tiene que comprender que, en algún momento, volarás.

—Pues parece que no, siempre está diciendo que esa es mi casa y con la que me quedaré.

—Tiene una mentalidad muy suya —dije riendo.

—Tiene una mentalidad para jalarle de los pelos, pero ya es imposible cambiarla.

—Pero, tendrás que hacer tu vida...

—Ya, pero como todos mis príncipes me salieron ranas, pues tampoco es que piense yo ahora en un futuro inmediato, así que mientras sigo viviendo ahí, voy ahorrando —dijo con resignación.

—Qué no está nada mal.

—Ya, pero tengo ganas de hacer mi vida.

—Lo imagino...

—Bueno siempre me quedará, de vez en cuando, irme contigo unos días a la cabaña.

—Además, tienes hasta tu habitación —sonreí.

—Pues nada, la pondré a mi gusto —dijo bromeando.

Esa semana fue trabajar y dedicarme a la cabaña para tener todo colocado como yo quería. Me hacía mucha ilusión mi nuevo hogar, la que sería mi nueva vida, estaba contenta, además, ya me había enterado de que Erwin, había entregado la casa que habíamos vendido y se había ido a vivir con sus padres de nuevo, eso lo sabía yo, pero él, nunca lo quiso admitir.

Lo peor de todo es que como le permitieran seguir llevando el ritmo de vida que llevaba, se lo gastaría todo en cigarrillos y alcohol, se quedaría sin ahorros y se vería obligado a vivir con sus padres de forma permanente, pero eso ya era cosa suya, no podía hacer más de lo que ya había hecho.

El bar iba viento en popa, estábamos preparando los fines de semana mucha música en vivo con grupos locales y este finde, venía un chico que estaba pegando fuerte en el país.

## Capítulo 2



“San viernes”, el día más deseado por parte de los habitantes del mundo, aunque ese día entraría desde las tres de la tarde a cierre, pues tenía que ayudar a Ivana.

Hacía un frío impresionante, tuve que ponerme el chaquetón más abrigado que tenía, parecía una esquimal, pero se me rompía la piel solo del contacto con el aire.

Llegué al pub, allí hacia buena temperatura, daba gusto estar en camiseta a pesar del frío que hacía fuera.

La tarde se fue animando y cuando menos lo esperaba, llegó él, Otto, con una sonrisa y sentándose en un taburete de la barra.

—¡Hombre, pensé que te había tratado demasiado mal y por eso no venías! —reí.

—Que va, estuve malísimo, cogí un resfriado que me tuvo en el sofá todo este tiempo —negó con la cabeza.

—Vaya, lo siento, es la época de pillarlos. ¿Qué te apetece?

—Un buen vino, lo quiero de esa botella, es lo que mejor me hará entrar en calor —se frotó las manos.

—Tres minutos y ya te estarás despojando de la ropa —señalé mi camiseta.

—¿Y qué tal lo llevas todo?

—Te sorprenderías —negué riendo—. Ya vendí mi casa y estoy instalada en la cabaña que compré, además, firmé el divorcio, solo estoy a espera de la sentencia en firme —aplaudí.

—¡Felicidades! —Su expresión era de alegría —No imagino lo que te habrá cambiado entonces, la vida.

—No los sabes bien, ahora mi cabaña luce recogida, limpia, huele como las flores, hay una paz... —suspiré.

—Me alegra mucho, se te nota, en la alegría que transmites, no eres la misma que cuando te conocí.

—Estoy hasta más guapa, ¿verdad? —solté en plan graciosa.

—Lo estás, pero ya lo eras antes.

—¡Ole! Ya me has alegrado el día, la copa es invitación de la casa.

—No, por favor... —sonrió.

—Sí, aquí mando yo —me abrí de brazos.

—Bueno, con una condición...

—A ver, pronto empiezas con las condiciones y aún ni me enamoraste —solté bromeando.

—Pues por eso, tendré que ponerme manos a la obra.

—Suelta... —resoplé sonriendo y cruzando los brazos.

—Si yo acepto la invitación, tú tienes que aceptar comer conmigo mañana a mediodía.

—Espera, ¿no puede ser el domingo, mejor? —Lo digo porque estoy libre —reí.

—¡Claro!, entonces el domingo.

—Y, ¿dónde me vas a llevar? —le saqué la lengua.

—Pues a mi casa, pero no pienses mal —extendió las manos—. Cocino muy bien, así que, si no te da miedo...

—¿Miedo de un poli? ¿Estás corrompido?

—Aún no, no me ofrecieron lo suficiente para aceptar —se encogió de hombros sonriendo.

—Entonces, iré antes de que eso suceda —le hice una burla con la cara y le produje una carcajada.

Estuvimos charlando un rato y se tomó una copa más, pero se fue, acababa de recuperarse y no quería exponerse demasiado.

—Me encanta —dije a Ivana, cuando se fue.

—Y, tú a él —rio.

—¿Tú crees...?

—Esa invitación a su casa...

—Eres una cotilla —reí.

—No, solo pasé por el lado y tengo el oído fino —sonrió y se fue a poner unas copas.

Me pasé la noche trabajando con la baba caída, estaba deseando que llegara el domingo, al menos para cambiar mi monótona vida.

El sábado volvió a aparecer, a pesar de haberme dicho la hora y el lugar exacto donde vivía y que estaba muy cerca de aquí, a dos pasos.

—¿Me echabas de menos? —pregunté poniéndole el vino, antes de que lo pidiera.

—Un poco, pero vine a asegurarme de que mañana vendrías, tengo una comida preparada que creo, enamorará a tu estómago.

—Pues entonces lo llevarás mal, pues me tendrás que invitar a menudo —le saqué la lengua mientras él, olía el vino.

—Mientras sea sábado y domingo —rio —, los demás días trabajo hasta las tres —sonrió.

—Y libras los fines de semana. ¡Anda que no vivís bien!

—Por ahora sí, excepto cuando tenga guardias —levantó la ceja.

Era un amor de hombre, pero un amor de los amores, esa sonrisa, esa forma correcta y bonita de hablar. Al final iba a ser verdad que me iba a enamorar y todo.

Esa noche me acosté a las tantas, la noche en el bar había sido larga y encima tuvimos que limpiar a última hora.

Por la mañana estaba feliz y deseosa de ir a ver a, Otto.

Me tomé un café mirando al canal, estaba precioso, todo nevado, me gustaba esas vistas, más cuando podías disfrutar plácidamente de ellas.

Me di un buen baño, me preparé y salí hacia casa de Otto, en mi coche.

—¡Hombre, puntual y todo! —Me recibió con un beso en la mejilla.

—Pero ¿qué te crees? Una es muy formal —dije pasando y quitándome el abrigo.

La casa era preciosa, muy minimalista pero acogedora, con una chimenea que daba gusto

sentarse frente a ella.

—Es una casa muy bonita —dije cogiendo la copa de vino que me había servido Otto.

—Me alegra que te guste —sonrió.

Había preparado unos canapés de pescado que tenían una pinta espectacular, además de sabor exquisito, lo comimos con la copa de vino, antes de la comida.

—Y, ¿cómo llevas el cambio a esta ciudad?

—Pues mira, me incorporo el lunes, por lo demás conozco el super, tu bar y las calles de alrededor, pero me gusta —sonrió.

—Por cierto, la próxima invitación es de mi parte, en la cabaña —hice una burla y él se reía.

—De acuerdo —dijo sonriente—. Y, ¿eso para cuándo?

—El domingo que viene, te recuerdo que trabajo todas las tardes en el bar —sonreí.

—Bueno, iré a verte más de un día para tomar café —sonrió.

—Menos si es fin de semana, que me pedirás un vino —volteé los ojos.

—Efectivamente —sonrió —¿Qué tal llevas lo del divorcio?

—¿Me ves cara de pena? —reí.

—Te veo cómo te dije, más feliz, pero a veces, el interior es otra cosa.

—No, mi interior está mejor aún, pasar de estar solo, a aguantar en lo que se había convertido Erwin, ahora gané en paz mental.

—Te entiendo...

—Me da pena por él, se está destruyendo, poco a poco, pero bueno...

—Tienes que mirar por ti.

—Eso hago ahora, estoy de lo más feliz en mi cabaña, con todo perfectamente ordenado, cosa que, en la otra casa con él, era imposible.

—Ya.

—Pero bueno... Ahora toca, vida nueva —choqué mi copa con la suya y le di un trago.

Otto era puro amor, un hombre atento, detallista, correcto y educado. Lo tenía todo, al menos a simple vista, pero era un placer hablar con él, de cualquier tema, se me pasaba el tiempo volando.

—¡Dios, esta sopa de pescado está de vicio! —dije, casi gimiendo.

—Está hecha con mucho cariño —me hizo un guiño, mientras sonreía sujetando la cuchara con la sopa.

—Se nota, se nota —hice un ladeo rápido con la cara.

La comida había sido todo un éxito, definitivamente, era otro punto más a su favor, pensé aguantando la risa.

Otto, era ese tipo de hombre que hacía que cualquier momento fuera emocionante y divertido, tenía un carisma impresionante y yo, me sentía muy cómoda junto a él.

No hacía ni giro de intentar nada, ni siquiera lo dejaba entrever, yo me preguntaba si me veía como una chica deseada o como una amiga con la que no se planteaba nada y que solo intentaba pasar algo de tiempo aquí, en la ciudad, ya que vino recientemente, no conocía a nadie y era una manera de no sentirse solo.

Yo y mis cacaos mentales...

Pero me lo preguntaba, mientras lo miraba y charlábamos pensaba si tendría ganas de que pasara algo entre nosotros, o es que yo, estaba deseosa de que pasara.

Había tenido un año con un marido que era de “mírame y no me toques”, que ni se me ocurría acercarme, ni me apetecía. Hacía mucho que no tenía un buen refregón y estaba ante un chico que me gustaba y mucho, pues mira, una alegría para el cuerpo no me venía nada mal, aunque claro, yo

no sabía sí a él, le atraía de esa forma.

Como iba diciendo, yo y mis cacaos mentales...

El café lo tomamos con unos pasteles deliciosos, los había comprado el día anterior, según me dijo. No faltó ni un detalle ese día.

Y no me dejó irme sin cenar...

—Me has dado el día completo —sonreí en la puerta, antes de salir hacia mi coche.

—Mereció la pena —sonrió.

—Bueno, el domingo te toca en la mía —le di un beso en la mejilla.

—Allí estaré —sonrió.

No podía ser, ni un triste piquito, ni un abrazo... ¡Nada!

Me puse el pijama y me tiré en el sofá a darle vueltas a la cabeza, hasta que me quedé dormida allí mismo, no me levanté en toda la noche.

## Capítulo 3



El lunes fue de bajón fulminante desde que me levanté, el tema de Otto, me había dejado un poco decaída ¿Me estaba gustando demasiado? ¿Sería el calentón de leer novelas románticas y eróticas? Me hacía mil preguntas.

En el trabajo lo pasé aburrida, aparte de que los lunes eran muy tranquilos, la tarde pasó de forma lenta. Una alegría recorrió mi cuerpo al ver a Ivana.

—Menos mal... —Me quité el delantal —Hoy no es mi día, quiero dormir —resoplé.

—¿Qué te pasa?

—Que Otto es gay, no le gusto o me ve solo como una amiga más. Bueno, más no, que aquí no tiene a otra, pues eso, que no se...

—¡Para! —Levantó las manos.

—¿Por qué dices eso?

—Ni un beso, ni un triste beso —levanté las manos y luego las golpeé contra mis caderas.

—Y que querías, ¿qué te pusiera mirando para la ventana el primer día?

—Tampoco eso, pero no sé...

—No sabes nada —negó con la cabeza—. Dale tiempo, seguro que, si te invitó a su casa, es porque le gustas. Eres doña impaciente. Además, te acabas de separar, ¡qué velocidad! —Volteó los ojos.

—Te recuerdo, que llevo sin mojar un año —sonreí con ironía.

—¿Te recuerdo lo que llevo yo?

—Ah no, no, ya se me quitó la tontería —solté una carcajada.

—Pues eso, quítate las tonterías de esa cabezota —dijo, dándome con su dedo en mi frente —  
¿Habéis vuelto a quedar?

—El domingo viene a comer a la cabaña —sonreí de nuevo.

—Desde luego... ¿Y te quejas? ¡No puedo contigo...! —Recogió los vasos de una de las mesas.

—Me voy, estaré triste por las hormonas o lo que sea —levanté la mano y me fui.

La dejé negando, me entró un ataque de risa.

—¡Dakota! —esa voz familiar me frenó de abrir el coche.

—¡Hombre, Otto! —sonreí —¿Qué haces por aquí?

—Te recuerdo que vivo cerca —sonrió—. Salí a comprar unas pilas que me hacían falta ¿Ya terminaste?

—Sí, los lunes y martes, salgo pronto —me encogí de hombros.

—¿Quieres cenar en casa? Tengo preparada una deliciosa ensalada y un revuelto de setas —arqueó la ceja.

—Eso suena muy bien, sube.

Se montó en el coche y giró a su calle, aparqué en la puerta.

—¡Humm, huele que alimenta! —dije al entrar.

—Al final me voy a creer eso de que soy buen cocinero —carraspeó.

—Bueno, pero tampoco te lo creas tanto. Me vas a tener que dar a probar muchas cosas para que lo ratifique. Ejem, ejem...

—Claro, encantado a partir de ahora, seré tu chef, algunos días— dijo haciéndome una señal, para que me sentara a la mesa.

—Buena cosa me has dicho, no me vas a poder echar, ni con agua caliente.

—¡Claro!, sin problema, no tengo intención de echarte, puedes tomarla como tu casa.

—Ah no, gracias, yo con mi cabaña soy feliz, nada más, a medias con nadie —reí.

—Veo que aprendiste —sonrió.

—Demasiado bien... —Levanté la ceja.

—Haces bien. La verdad es que lo que nos pasa sirve de lección, pero eso quita que con otra persona te pueda ir bien y valga la pena vivir a medias —se encogió de hombros.

—Vaya reflexión... —dije sujetando el tenedor, con la ensalada sobre él.

—Estoy inspirado —sonrió.

—Y, ¿qué tal tu primer día en el trabajo?

—Bueno, tranquilo, la verdad es que no me moví de las oficinas.

—Buena vida tenéis —reí.

—No siempre es así...

—Hombre, tampoco es que os tengáis que matar en la calle...

—Bueno, pero si pasa algo y tenemos que estar ahí.

—Cosas mínimas, nada que ver con otras ciudades del mundo.

—Obvio, pero no quiere decir que no hagamos nada...

Lo estaba picando y me estaba aguantando la risa, hasta que estallé.

—¿Te estas riendo de mí? —rio.

—No, me estoy riendo con usted, señor agente de la autoridad, que no es lo mismo que reírme de ti.

—Ah vale, si es así... —Levantó las manos.

Un rato después de cenar y charlar, me levanté para irme, era lunes, él trabajaba al día siguiente y, aunque lo veía cómodo, no quería ser la causante de que perdiera horas de descanso.

Volví a la cabaña feliz, pero con las mismas preguntas.

Marta me llamó esa noche y lloraba de la risa escuchándome.

—Dakota, no corras tanto —reía.

—No, si ojalá pudiera correr, pero no hay forma —rio.

—Dale tiempo, él también acaba de separarse.

—¿Más tiempo?

—Mas dice... Desde luego, eres doña prisas.

—Tengo un calentamiento global en este cuerpo —resoplé —y su poca colaboración, no

ayuda.

—Seguro que el domingo en la cabaña, se te tira encima.

—Eso dice Ivana, pero lo veo crudo. Como sea igual de lento para todo, se hacen el agosto los ladrones —dije con ironía.

Los siguientes días, los pasé sin verlo, rompiéndome la cabeza a preguntas. La verdad es que lo mío, se estaba convirtiendo en una obsesión, menos mal que el jueves mientras estaba limpiando la barra...

—Otto —dije emocionada y encima vestido de poli, iba a tener un orgasmo mental.

—Necesito un café antes de llegar a casa —se sentó en la barra.

—Yo, a un poli le doy el café y le hago la ola —dije con descaro, produciéndole una carcajada.

—¿Qué tal la semana? —me preguntó.

—Entre relax y trabajo... —Y en mente a él, en todo momento, pero no se lo podía decir o, mejor dicho, no se lo iba a decir.

—Entonces genial.

—¿Y tú?

—Bueno... —carraspeó —Se me va a poner el culo cuadrado de tanta silla.

—Luego te quejas cuando digo que tienes buena vida —le puse el café riendo.

—Tampoco es eso... —sonrió mientras movía el café y me miraba.

—Al final voy a tener que liar una gorda en la ciudad, para daros alegría —reí.

—No, tú quietecita, que estoy seguro de que la podrías liar y bien, pero no tengo ganas de ponerte los grilletes.

—¿A mí? Cuando me soltaras, sabes que te iba a faltar calle para correr, ¿no?

—Bueno, eso si no te envío a la cárcel —carraspeó.

—¿Desde cuando eres juez? —sonreí.

—Es verdad, no hay forma de amedrentarte —levantó la ceja.

—Bueno, con esa cara, no amedrentas a nadie, te lo digo yo...

—Conoces mi mejor cara —frunció el entrecejo.

—¿Cuántas tienes? —esta vez, carraspeé yo.

—Todos tenemos una buena y una mala.

—Menos yo, yo soy un amor siempre —sonreí con ironía.

—¿Hasta cuándo, te sacan de quicio?

—Bueno ahí sale la Dako, me como a la manada y vengo liderando —reí.

—Pues lo dicho, todos tenemos dos caras.

—Y, ¿qué te saca a ti de quicio?

—Las injusticias, desigualdad...

—Eres entonces un hombre bondadoso.

—Bueno, digamos que intento ser justo.

—Ya me estás llevando la contraria —resoplé riendo—. Por mucho uniforme que lleves...

—No te achanto —terminó de decir él, sabiendo que iba a decir yo.

Esa noche me quedé suspirando más, si podía. No conseguía dormir, su imagen de uniforme me ponía el corazón a mil, me estaba gustando demasiado, pero no notaba nada en él, que hiciera presagiar que sentía lo mismo que yo.

El viernes vino a tomar un vino al bar, estuvimos charlando animadamente.

—Entonces, ¿qué me vas a preparar el domingo, de comer?



—Pan con queso de untar —reí.

—Serás capaz...

—Anda que no, no sabes lo que soy capaz de hacer —le saqué la lengua.

—Me lo puedo imaginar...

—No, créeme que no —solté una carcajada.

Ese hombre me estaba ganando por minutos, al igual que el sábado también apareció por ahí y se quedó hasta el cierre, nos ayudó a recoger todo y luego me acompañó hasta el coche.

Nos despedimos y quedarnos en vernos en la cabaña, al día siguiente.

Esa mañana me levanté temprano, me tomé un café y me duché, me puse unos leggins azules y una camiseta de manga larga blanca, como las botas de pelito para estar por casa, me veía guapa y juvenil. Esperaba que, a él, le llamara algo la atención, porque me estaba costando la vida hacerlo reaccionar, me lo estaba poniendo muy difícil.

Al final iba pensar que, o era gay por muy casado que hubiese estado, o que solo buscaba una compañía en mí.

Su coche paró en mi puerta y salí a recibirlo.

—Has llegado a la primera —bromeé.

—Te recuerdo que existe el GPS y soy policía —se mordió el labio y entró con una botella en las manos.

—Bueno, los polis son los primeros que se pierden —carraspeé.

—Esto es una pasada...

—¿Te gusta?

—Es grande, amplia y tiene unas vistas... —Se puso delante de las puertas de cristal del salón.

—Es mi rincón favorito...

—Normal, que envidia me acabas de dar, aquí hay una paz y una buena energía, que se hacen presentes desde que entras por la puerta.

—Gracias —sonreí.

—Ahora entiendo por qué, te querías venir a una cabaña —me miró sonriente.

Nos tomamos un vino mirando hacia afuera y charlando, lo veía con una de las sonrisas más bonitas del mundo.

—Te voy a preguntar algo —ese vino me había sentado de escándalo y yo, tenía que salir de dudas —¿No has estado con nadie después del divorcio? —aguanté la risa y las ganas de matarme a mí misma, por bocazas.

—No —rio—. He estado con ganas de necesitar encontrarme a mí mismo, de adaptarme a mi nueva situación, pero no, no he estado con nadie ¿Eso jode mi currículum? —preguntó bromeando y lo aproveché.

—Lo mismo estas buscando tu orientación sexual —me entró una carcajada.

—Ah no, eso lo tengo claro —carraspeó—. Además, si fuese, al contrario, también tendría claro que no me privaría. Cada persona tiene derecho a acostarse con quien quiera —sonría.

—Por supuesto, pero si eres gay, se me acaban las probabilidades —solté con descaro, sacándole la lengua he intentado que pareciera broma.

—¿De qué probabilidades hablas? —sonrió, levantando la ceja —Lo mismo me estoy perdiendo algo que me interesa...

—Y, ¿qué te interesa a ti? —le saqué la lengua.

Puso su copa sobre la mesa, me quitó la mía de las manos y la puso en ella también, contuve la

respiración, me agarró por la cintura con una mano, la otra la metió en mi cuello con suavidad y me llevó hasta sus labios.

No, no era gay y encima, besaba como los ángeles.

Un cosquilleo recorrió mi cuerpo, era como si me elevara a la máxima potencia, sentía que aquello era como un momento estelar, era magia lo que había en esos momentos, en esos besos.

—¡Vaya! —dije, separándome un poco cuando terminamos.

Me dio la copa sonriendo, yo me había ruborizado, pero me había quedado encantada.

—¿Y?

—Y, ¿qué?

—¿Fuera dudas y aclaradas las probabilidades?

—Aclaradas, sí... —Mi cara iba a explotar.

Me cogió con la mano que no sujetaba la copa por la cintura y me volvió a besar ligeramente, luego se quedó mirándome fijamente, con su media sonrisa.

—Lo hubiera hecho desde el primer momento que te vi, pero no quería asustarte —sonreía mientras hablaba y me miraba —, pero me llamaste la atención, como hacía muchos años, no me pasaba.

—Asustada me tenías —di un trago volteando los ojos y provocando una sonrisa en él.

—Si lo llego a saber, el día que te dije mi nombre lo habría hecho —carraspeó.

—Tampoco te pases, te hubiera soltado una bofetada —reí.

—Entonces, eres bipolar ¿En qué quedamos? ¿Lento, o rápido?

—¡Normal! —me agaché con la risa nerviosa.

Le sorprendí con comida mexicana, sin saber si quiera si le gustaba, pero triunfé, comió hasta que no quedaba nada, además, alabando mi buena mano en todo momento.

—Encima de guapa y simpática, cocinas bien —levantó la ceja.

—Soy un regalo de la naturaleza —bromeé.

—No lo dudo, para mí, caíste del cielo —sonreí y a la vez me derretía.

Solo con abrir la boca me hacía babear, sus miradas, gestos, me transmitían tanto que me olvidaba de esos días de incertidumbre donde pensaba, como me vería, pues con ojos de deseos, esos que desprendía hacía mí.

Tras la comida nos sentamos en el sofá a tomar un licor, charlando y besándonos. Tenía mis piernas sobre su regazo, él me las acariciaba mientras me hablaba, hacía mucho que no sentía algo así, me estaba poniendo tonta como una niña de quince años.

Estuvimos toda la tarde en mi cabaña, por la noche se quedó a cenar y nos despedimos hasta el día siguiente, que pasaría a verme, por el bar.

Me quedé en el sofá, abrazada al cojín un rato, la llegada de Otto le había dado un aire fresco a mi vida, una pequeña ilusión, algo que hacía mucho que me faltaba sentir, pues estaba muerta en vida.

## Capítulo 4



Esa mañana me fui a la ciudad a pasear, tenía que hacer varias compras, así que me venía bien hacerlo antes de entrar a trabajar, así cuando saliera, que ya haría más frío, me iría a casa antes.

Quedé con Martha para tomar un café y luego fuimos a comer una pizza. Estaba de lo más animada, ella trabajaba desde su casa por Internet y le iba muy bien, llevando temas de gestión de webs.

—¿Ves, como no era gay?

—Martha, hija, yo lo decía de broma —puse los ojos en blanco.

—Pero Dakota, ¿qué me estás contando? No había manera de hacerte ver que ibas rápido — resopló —, aunque me quedo muerta, acabas de divorciarte...

—Espera, llevo un año como si lo estuviera —le volví a recalcar por décima vez, en esos días —Además, la que te tienes que enamorar eres tú también, que no sales de tu zona confort.

—Yo vivo de lujo con la mama —dijo riendo.

—De verdad, ¿no te apetece enamorarte?

—¿Como tú ahora?

—No estoy enamorada, solo ilusionada.

—¡Venga ya!, si te sale purpurina por los ojos —rio.

—Por cierto, me enteré en el bar, que Timber, el chico de correos se separó también.

—Sí, Timber, ya sabes que me llevo con él muy bien, bueno, nos saludamos y nos preguntamos cómo estamos —rio —, pero no me enteré de nada.

—Se dice que su mujer lo dejó por otro y se fue a otra ciudad a vivir con él.

—Ese sí que me gusta, es tan...

—Mono, es muy mono, además de simpático, deberías ir a por él, antes de que te lo quiten — bromeé.

—Mira, con ese no me importaría tener un affaire —rio.

—Siempre dijiste que te ponía el de correos, por eso te lo digo.

—Y me pone y me pone, pero no me creo eso, mucho... Ayer estuve allí precisamente y lo vi sonriente, como si nada pasara.

—Lo mismo, se emocionó al verte —dije bromeando.

—Tú te montas cada película... —resopló.

—Qué no, mira vamos a ir a correos con alguna excusa, aún tengo tiempo y le sacamos eso, sí es verdad, le dejamos caer que venga el viernes al bar.

—Con el frío que hace no me apetece salir —frunció la cara.  
—Al final te quedas soltera y entera ¡Vamos!  
Y me siguió, buena era yo...  
Llegamos a correos y ahí estaba él, sonriente al vernos.  
—Hola, Timber —dije tomando el mando.  
—Hola, Dakota —vaya, se sabía mi nombre, bien.  
—¿Qué tal estás? —pregunté con segundas intenciones, a ver si picaba.  
—Pues mira, demasiado bien para cómo debería estar —seguía sonriendo.  
—¿Y eso? —Me hice la loca.  
—Bueno, no es plato de buen gusto que tu mujer te deje por otro, pero lo llevo dignamente —  
seguía sonriendo.  
—Eso con unas buenas cervezas de mi bar, el viernes con nosotras, y terminas matando las  
pocas penas que te queden —sonreí.  
—Pues mira, es un buen plan —dijo feliz.  
—Pues el viernes a las siete —sonreí y nos fuimos.  
—Dakota, estás fatal y no le has preguntado nada para parecer coincidencia todo, lo has  
dejado con una cara de estar alucinando ¿Como hiciste eso?  
—¿Qué le voy a preguntar, por el precio de un envío? ¡Anda ya!, directas, nada de rodeos.  
—Pues pensará que te lo querías ligar —protestó.  
—¿Qué dices?, sí no dejaba de mirarte.  
—En eso tienes razón, yo también me di cuenta —dijo ella emocionada, aplaudiendo —¿Crees  
que le gusto?  
—Creo que ya tienes un planazo el viernes, para hacer que no lo agarré antes una arpía.  
—Yo con un meneo a este cuerpo, me conformo —dijo entrando a mi bar.  
—Pues lo mismo que yo y espero que Otto, no tarde en dármelo —reí y me puse a prepararle  
un café.  
—Que poca paciencia... —resopló.  
—Sí, la que dice que quiere un meneo —negué con la cabeza.  
En ese momento entró Otto de uniforme y yo, yo me iba a caer al suelo.  
—Ella es Martha, y él, es Otto —dije presentándolos.  
—Al menos tenemos quién nos defienda —dijo bromeando Martha.  
—Bueno, aunque a ustedes, os veo de resolver una situación rápidamente —sonrió.  
—Sobre todo, a esta —dijo Martha, señalándome. Ya me ha metido en un lío el viernes,  
espero que lo resuelva bien —soltó una carcajada.  
—Lo tienes que resolver tú —le di el café a Otto.  
—No me entero de nada... —dijo encogiendo los hombros.  
—Tú amiga —me señaló —, que me hizo ir a ver a un chico a su trabajo y le soltó que viniera  
el viernes —puso cara de resignación —, así que, me veré obligada a salir.  
—Venga, mártir, que estás deseando —dije con chulería.  
—No me hagas hablar... —sonrió en plan advertencia.  
—¡Habla, habla! —la provoqué.  
—Otto —se dirigió a él —, me la estás dejando más tonta de lo que era —puso los ojos en  
blanco y provocó una sonrisa en él.  
—¿Y yo que hice? —Medio levantó sus manos.  
—Nada —intervine —, esta que se monta unas películas... —resoplé.

—Vaya dos, con lo feliz que venía yo, a relajarme con el café —bromeó negando.

—Venga, Otto, si has tenido toda la mañana para relajarte en el trabajo —resoplé bromeando.

—¿No hace ni el huevo? —preguntó boquiabierta, mirándolo de arriba a abajo. —Vamos, que el uniforme es para pasearlo, ¿no?

Me entró un ataque de risa, que por poco me ahogo y Otto, negaba con la cabeza y con la mano sobre su frente.

—Me parece que el café, me lo tomo mañana en mi casa, porque para venir y que se te tiren a la yugular —se señaló el cuello —, mejor paso de largo —bromeó.

—Tranquilo, valiente —dijo Martha —, yo mañana no me muevo de mi casa, demasiado que hoy me secuestró esta, pero una y no más, hasta el viernes adiós a Santo Tomás.

—Hasta los refranes se los inventa a su antojo —negué.

—Ahora sí que me voy —se levantó, me dio dos besos, se despidió de Otto y se fue tan campante.

—¿En serio te has colado en correos para preguntarle como está y decirle que se venga el viernes? —dijo riendo.

—Te lo juro, por mi cabaña —sonreí feliz y me fui a atender a unos chicos que habían entrado.

Veía como me miraba sonriente desde la barra, jugueteando con un azucarillo entre sus dedos.

—Esta noche voy a cenar un caldo riquísimo de ave con verduras —gemí de pensarlo.

—Voy a casa ahora, me ducho, me cambio y nos vemos en la tuya —dijo con descaro, para cenar el caldo.

—Claro —reí.

Puso una moneda sobre la mesa y se fue, pero se la tiré a la espalda —se volvió riendo y se agachó, la puso en el otro extremo de la barra y se fue.

La tarde se me pasó lenta, estaba deseando que pasara el tiempo.

Llegué a la cabaña, me duché y me puse un pijama muy juvenil de manga corta. En la cabaña hacia una temperatura de lo más cálida.

Un rato después llegó Otto.

—Ya sabes que no puedes nombrar comida delante de mí, o me verás aquí continuamente, además, después de comprobar lo bien que cocinas, es una continua provocación que me vayas diciendo qué comerás.

—Provocación eres tú —lo besé.

Cogí una olla, un bote de sopa y lo volqué para calentarlo.

—¿Y eso? —preguntó muerto de risa.

—El caldo —le saqué la lengua.

—¿En serio? —Estaba apoyado sobre la barra sin dejar de reír.

—Y tan en serio, el problema es tuyo que imaginas las cosas a tu antojo —solté una carcajada que casi me meo encima, tuve que cruzar las piernas y todo.

—Muy buena esta, muy buena... —no dejaba de reír mientras negaba con la cabeza.

Preparé dos cuencos con la sopa y la llevamos a la mesa, además de unas empanadillas caseras, que había comprado al lado del bar.

—Te vi tan emocionado, que quise hacerte feliz un rato imaginando ese caldo casero —le saqué la lengua.

—Pues una cosa, esta marca jamás la probé— se refería a la del caldo —y está muy buena, la pienso comprar, para las noches está genial.

—Cuando haga de la mía, te prepararé unos tarros, verás que no la encuentras mejor —sonreí.

—Conociéndote, tú me mandas unos tarros, pero con el caldo de caja, que ya te voy conociendo... —seguía riendo.

—Bueno, ¿no dices que está bueno? Pues sea uno u otro, date por satisfecho.

—Entonces, y cambiando de tema, el viernes nos tomamos con Martha y el de correos unas copas, ¿no?

—Efectivamente, aunque yo estaré trabajando, pero pendiente a ustedes, ya sabes... —le hice un guiño —Por cierto, este sábado no trabajo, ni el domingo. Volvió a la ciudad el chico que me sustituía los sábados hace tiempo y me pidió trabajar esos días, así que a mí me viene de lujo trabajar solo de lunes a viernes.

—Genial, entonces el viernes nos quedamos aquí, a pasar el fin de semana cuando salgamos de tu bar —dijo bromeando o no, pero me parecía un planazo.

—Claro, hacemos una cosa, el viernes me recoges y me llevas a trabajar, luego nos venimos en tu coche y ya te quedas hasta el domingo —dije, como la que no quiere la cosa.

—Lo que yo dije, vamos. Así será. No me pierdo un fin de semana así, ni loco —dijo emocionado.

Se quedó un rato más y se marchó.

Yo suspiraba y suspiraba, me tenía en una nube, ya estaba deseando que llegara el viernes para no separarme de él hasta el domingo y ya, con esas, seguro que conseguía que le diera alegría a mi cuerpo.

Los siguientes días vino a tomar café, charlaba conmigo un rato y luego se iba.

El jueves me fui pronto a la ciudad, hice las compras para el fin de semana y luego de trabajar, las llevé a casa.

Esa noche me acosté emocionada por saber que, al día siguiente, se vendría conmigo a la cabaña.

## Capítulo 5



Esa mañana mientras desayunaba, dejé hechas algunas comidas para el fin de semana, estaba de lo más animada y feliz, se me pasó el tiempo volando.

La cabaña y lo que estaba sintiendo por Otto, habían sido fundamentales para que mi vida se llenara de luz y color, antes permanecía apagada completamente, como un túnel del que no puedes salir.

A las cuatro vino Otto por mí, dejó la bolsa con sus cosas y nos fuimos para el bar.

Llegó Martha sonriente y feliz, exigiendo una copa de vino, no tardó en llegar Timber, al que presentamos a Otto.

—Yo tengo una duda —dijo Timber, con la copa de vino en su mano.

—Pues aquí te las aclaramos rápido —dije dando un golpe a la barra y riendo.

—¿Fuisteis para que viniera, o se os pasó hacer algún envío? —preguntó produciendo una carcajada entre nosotros.

—Pues mira... —dijo Martha.

—No hay nada que mirar —irrupe —, pasábamos por allí y nos acordamos de que había rumores de tu separación y pensamos que lo mejor era animarte e invitarte a una buena tarde de copas —mentí mientras Martha y Otto, me miraban sonriente.

—Ah, entiendo... —sonrió y miró a Otto —Así que eres uno de los nuevos polis de la ciudad.

—Uno de los tantos que se rascan los huevos —solté produciendo una carcajada en todos, aunque Otto, negaba con la cabeza con ganas de matarme.

—No le digas eso al chaval —dijo Timber, en un intento de defensa.

—Normal que lo apoyes —irrupe Martha —, los que trabajáis en el correo de la estación postal, tampoco es que hagáis mucho.

—¡Pero bueno! Creo que nos van a fustigar —dijo mirando a Otto, que reía negando.

—Yo creo que más que fustigar, lo que ustedes necesitáis es mover más el culo ¡Hombre! —dijo Martha, que al parecer le había sentado el vino, de lo mejor.

Estuvieron conmigo hasta el cierre, los tres en una conversación de lo más animada, el bar ese día estaba a tope y no pude estar mucho tiempo con ellos, pero iba de vez en cuando a soltarle unas de las mías, o rellenar los vasos.

A la hora del cierre nos ayudaron a limpiar el bar, cosa que Ivana y yo, agradecemos pues acabamos muy rápido, no tardamos nada.

Timber llevó a Martha a su casa y yo me fui con Otto a la cabaña, en su coche.

—¿Sabes?

—Dime... —dije abriendo la puerta de mi casa.

—Me cae bien Timber, se le ve un buen hombre.

—¿Te has dado cuenta, que todos venimos de un divorcio reciente?

—Sí —rio —, menos Martha ¿O, ella también?

—No, ella no —me quitó el abrigo mientras reía.

—Una que piensa antes de hacer las cosas —dijo quitándose el suyo.

—Bueno, tampoco es que tuviera una proposición de boda ni nada, ella se dedicó más a trabajar y pasar de novios.

—No como otros —me agarró por la cintura, estaba detrás de mí y besó mi cuello.

—A nosotros nos gusta el riesgo —sonreí echando mi cabeza hacia un lado y dejándole más espacio, para que siguiera deleitándose con esos besos.

Nos sentamos en el sofá abrazados, yo sobre él, me quitó el jersey y me dejó con la camiseta, metió la mano por debajo de ella y agarró mi pecho, solté el aire, algo me decía que la noche, no había hecho más que empezar.

Me echó sobre el sofá y él se puso encima de mí, apoyando los brazos, menos mal que el sofá era bastante amplio, algo que siempre me gustó.

Nos besamos un rato, notaba su miembro erecto rozando mi zona de peligro, no dejaba de soltar aire me estaba poniendo como una moto.

Nos comenzamos a desnudar y le cogí la mano para ir a la cama, íbamos a estar más cómodos.

Terminamos de desnudarnos antes de meternos en ella, besándonos, su cuerpo era espectacular, duro, bien definido y a mí me estaban entrando taquicardias de deseo.

Me dejó caer sobre la cama, él se puso sobre mí y comenzó a besar mi cuello, mis pechos, mi barriga y se perdió entre mis piernas.

Solté un gemido, su lengua era una serpiente moviéndose en mi interior y sobre mi clítoris. Agarré las sábanas y me retorcí de placer, me hizo correrme, en un abrir y cerrar de ojos, pero era normal, llevaba tanto tiempo en dique seco...

Se puso de rodillas y me penetró agarrando mis piernas al aire, moviendo todo mi cuerpo, aquello era pura excitación. No me había dado tiempo a recuperarme, cuando ya estaba ahí de nuevo.

Se corrió en mi interior, obvio que llevaba preservativo, me sonrió mirándome, cogiendo mi cabeza entre sus manos y besando toda mi cara, era puro amor.

Esa noche dormimos abrazados y desnudos, sentir su cuerpo era una oleada de sensaciones de lo más excitantes. La verdad es que Otto, era un portento de hombre y en la cama era todo un prodigio.

Por la mañana me desperté y me estaba mirando sonriente.

—Buenos días —dijo, con su mano en mi cintura.

—Buenos días, Otto —me acurruqué a él—. Tengo un hambre que me muero.

—Vamos a desayunar, te propongo algo...

—A ver...

—Yo voy preparando el desayuno y luego vas a la cocina cuando estés más espabilada, aprovecha la cama un poco más, yo me encargo de todo.

—Ummm, eso suena bien, nunca me habían preparado el desayuno —dije emocionada.

—¿Nunca?

—Nunca... —sonreí y lo besé.



—Eso no vuelve a pasar en la vida —me devolvió el beso y se levantó a prepararlo, antes se puso un pantalón deportivo y una camiseta.

Sonreí en la cama feliz, por el momento que me había dado la noche anterior y que estaba segura de que se repetiría de la misma forma a lo largo del día y encima me iba a preparar el desayuno ¿Se podía ser más lindo?

Me abracé a él, al llegar a la cocina y verlo todo tan bien preparado.

Cogí una tostada y la mordisqueé haciendo un gemido, estaba riquísima y preparada con mucho cariño.

—Ahora cuando desayunemos, voy a salir un momento a comprar pan del día y unos dulces para la tarde, pero te quedas aquí, hace mucho frío y yo no tardo en el coche ni diez minutos.

—Tengo pan congelado —sonreí.

—No es lo mismo que un buen pan recién hecho —volteó los ojos, mientras tomaba de su café.

—Está bien, yo te espero aquí, paso de quitarme el pijama hasta el lunes —le saqué la lengua.

—El pijama sí que te lo quitarás, pero salir no saldrás —se acercó y besó mis labios.

—No me opongo a ello —le devolví el beso.

Tras el desayuno se fue a comprar el pan y los pasteles, yo estaba feliz, me imaginaba vivir así permanentemente con él y se me escapaba una sonrisa tras otra.

Recogí la cocina mientras lo esperaba y me entró una llamada de Martha.

—¡Hombre!, ya me estás contando —dije al descolgar el teléfono.

—Me voy a comer a casa de Timber —soltó una carcajada —, a ver si me quita las telarañas — no dejaba de reír.

—A mí me las quitaron anoche —suspiré emocionada.

—Joder, ¿lo ves?, la de las prisas — rio.

—Pues anda que tú... —resoplé.

—Había pensado que mañana, nos podríamos reunir para comer en tu cabaña —dijo riendo con descaro.

—Claro, yo estaré aquí con Otto, ahora ha salido por pan, pero seguro que le parece una idea genial.

—Pues se lo digo a Timber y luego te lo confirmo.

—Vale, disfruta.

—Lo intentaré —rio antes de colgar.

Otto llegó casi media hora después, cargado de todo.

—¿No era pan y pasteles? —reí.

—Bueno, vi algunas cosas y pensé que se nos podía antojar —colocó todo sobre la barra de la cocina.

—Me llamó Martha, dice que mañana podríamos comer juntos con Timber aquí, que si me parecía bien.

—Estupendo, ¿no?

—Claro, luego me llamará para confirmarlo.

—No creo que haya mejor lugar en el mundo para reunirnos, que en esta cabaña —se pegó a mí carraspeando y me dio uno de esos besos que te levantan el ánimo todo el día.

—Deberías haberte comprado una cabaña —sonreí.

—Sí, pero fíjate que no se me pasó nunca por la cabeza, menos mal que ahora tengo esta para venir de campamento todos los fines —me hizo un guiño sonriente.

—Ten cuidado a ver si me voy a ir a tu casa, de lunes a jueves —dije en tono sugerente.

—¿Dónde hay que firmar? —preguntó con descaro, ese que tanto me gustaba.

Nos besamos riendo, yo estaba en una nube con ese hombre que había puesto en mi vida un arcoíris, me gustaba mucho y casi se me habían olvidado esos últimos momentos que pasé tan desastrosos al lado de Erwin.

Otto era atento, cuidadoso, respetuoso, tenía una forma de ser que enamoraba a cualquiera.

Ese día lo hicimos de mil maneras, nos quedamos abrazados en el sofá horas y horas, mientras bromeábamos y no nos faltaba el contacto de piel con piel, estaba siendo uno de los mejores sábados de mi vida.

A la mañana siguiente me levanté y ya estaba en la cocina preparando el desayuno, todo muy meticulosamente, bien puesto, como a mí me gustaba y preparado con mucho cariño.

—Te voy a echar mucho de menos esta semana, cuando me tenga que poner yo el desayuno —dije riendo, mientras lo abrazaba.

—Bueno, el fin de semana que viene me invitas de nuevo y me encargo de todo —besó mi frente sonriente, mientras me zarandeaba lentamente entre sus brazos.

Preparamos todo y llegaron Timber y Martha, sonrientes, se les veía un brillo especial, seguro que pasó algo el día anterior en su casa, el caso es que no había hablado con Martha tras el encuentro, solo me puso un mensaje diciendo que confirmado que vendrían.

Timber y Otto se llevaban genial, Martha estaba de lo más bromista y feliz, presagiaba que, entre ellos, estaba claro que había pasado algo. Las miradas de complicidad que tenían hablaban por sí solas.

Por la tarde nos despedimos todos, Otto incluido, quién me dijo que iría a verme al bar durante la semana y que, por supuesto, el fin de semana siguiente, volvería.

Me había cambiado la vida, pero tenía mucho miedo a que en cualquier momento pasara algo que se cargara la magia que había entre nosotros, eso me ponía triste, pero intentaba apartar el pensamiento y ser positiva, lo positivo atrae lo bueno, me lo dijo mi madre en mil ocasiones y eso lo llevaba grabado.

Mi vida al lado de Erwin comenzó como un camino de rosas, hasta que perdió el empleo y se refugió en la casa y el alcohol, tirando por la borda todo lo que habíamos conseguido y adonde habíamos llegado. Yo luché por salvar aquello de mil maneras, pero él, no colaboraba, me lo puso realmente difícil, era como si le molestara el simple hecho de que yo respirara, de ahí mis miedos, de pensar que este momento tan bonito, se podría desvanecer como lo hizo mi matrimonio.

Esos pensamientos me causaban dolor, pero también era consciente de que aquello, no tenía por qué ser igual, ni mucho menos eran iguales. Cada persona es de un padre y una madre, así que por un lado tenía esos temores y por otro, me intentaba convencer de que, con Otto, podría surgir algo tan fuerte, que nada ni nadie nos separara. Al menos, eso quería creer.

Esa noche en la cama sentí su vacío, me agarraba a la almohada e intentaba pensar que el viernes llegaría rápido y lo volvería a tener aquí conmigo.

Me costó dormir, después de haber pasado con él dos días, me costaba la vida coger el sueño, lo estaba comenzando a echar demasiado de menos y esa era la realidad de lo que sentía.

## Capítulo 6



Y vuelta a empezar...

Era un lunes de esos raros, me preparé el café y volví a echar mucho de menos ese momento, desayuno con Otto.

Recibí un mensaje de él que me sacó una sonrisa...

Otto: Buenos días, preciosa. Eché de menos, no prepararte el desayuno.

Era un amor, hasta pensábamos igual ¡joder!, cuánta emoción me causó ese mensaje, estaba como una niña pequeña en el día de los regalos de Navidad.

Yo: Hoy me toca preparar el café a mí, en el bar cuando salgas del trabajo, no se te ocurra ir para casa sin pasar a por él. Por cierto, buenos días, bombón.

Ya con eso le avisaba de que lo esperaba, y tanto que sí, no quería pasar el día sin verlo y sin poder estar, aunque fuese un rato con él.

Me pasé la mañana, con imágenes del fin de semana azotando mi cabeza, se me quitó rápido al recibir la llamada de Martha.

—Me he enamorado —dijo riendo y feliz.

—Creo que ya somos dos —contesté con la misma risa.

—Es tan...

—Tan, qué te enamoró.

—En serio, escúchame, no veas cómo funciona en la cama —dijo dejándome claro, que ya se habían acostado.

—Luego me dicen a mí, que soy muy ligera... —bromeé echando en cara sus palabras.

—Te llamé impaciente.

—Quién fue a hablar... Por cierto... ¿Habéis quedado en volver a veros?

—¡Sí! —exclamó feliz— Me invitó a pasar el próximo fin de semana en su casa.

—¡Joder, nena!, ¿nos estáis copiando? —reí.

—¡Qué dices! Teniendo la casa, no nos vamos a ir a un hotel —resopló.

—Te estoy buscando la lengua —puse los ojos en blanco.

—Pues me vas a encontrar otra cosa... —soltó con descaro, bromeando.

—Bueno, entonces dime cuando pasarás por mi bar a ponerme más al día.

—Calla, voy super atrasada con el trabajo, me voy a hacer encerrona hasta el viernes que me vaya con él, así que, el viernes pasaremos a hacerte una visita y luego, que te den.

—Me darán, no te queda duda, mi poli se viene de nuevo el fin de semana a la cabaña.

—Al final, lo veo viviendo allí.

—Pues no me importaría —suspiré.

—Te estás enganchando y mucho.

—Bastante, anoche lo eché mucho de menos —dije con tristeza.

—Normal, una se acostumbra rápido a lo bueno. Por cierto, me enteré de algo esta mañana cuando salí a por el pan.

—Cuenta...

—Es sobre Erwin —se hizo un silencio—. Dicen que está detenido ¿No te dijo nada, Otto?

—Otto no lo conoce, no creo que ni lo relacionara, pero ¿detenido, por qué?

—Parece ser que anoche bebió bastante y la lio en uno de los bares de la carretera.

—Madre mía, madre mía. Voy a llamar a Otto.

—Vale.

No debería ni de importarme, pero en el fondo, hasta me daba pena, había sido mi marido y durante un tiempo una gran persona que me hizo muy feliz.

—Hola ¡Qué sorpresa! —dijo al descolgar el teléfono.

—Hola, Otto.

—¿Y esa voz? —preguntó preocupado.

—Me enteré de algo y creo que eres el único que tiene la información exacta.

—¿En qué te puedo ayudar?

—Me comentó Martha, que se rumorea que mi ex, está detenido por liarla anoche, en un bar de la carretera.

—Espera, el que tenemos en el calabozo, Erwin, ¿es tú ex?

—Sí —dije avergonzada.

—Vaya... —Hubo un silencio.

—¿Qué pasa? —pregunté preocupada.

—Luego me paso por tu bar y te cuento, pero no te preocupes, ya salió y yo precisamente lo llevé a casa de sus padres.

—Bien, no es que me preocupara en exceso, pero en el fondo, me da pena que haya acabado así.

—Pues sí, además, tuve una larga conversación con él, e incluso le invité a un café, no se veía mal hombre.

—Qué fuerte, que fuerte... —dije dos veces.

—Luego te cuento, pero todo está bien, no te preocupes.

—Vale.

Colgué y me quedé con la sensación de no saber si había hecho bien en llamarlo o no, pero en el fondo, no quería que a Erwin le pasara nada, me dolía, había sido parte de mi vida y aunque ahora no sentía nada especial por él, seguía teniéndole un cariño y respeto por lo que hubo entre nosotros, que tuvimos realmente momentos muy buenos y bonitos.

A la hora de siempre me dirigí al trabajo, ya había comido y dejado todo en casa listo para la cena, un rato después llego tan guapo y uniformado Otto, que se me acercó y besó con felicidad.

Le puse el café.

—Así que Erwin, es tú marido —se mordió el labio.

—¡Mi ex! —resoplé.

—Bueno sí, perdón —volteó los ojos riendo—. Esta mañana cuando lo soltamos, sin cargos, pues realmente la lio, pero no tiene antecedentes. En la ciudad los compañeros que lo conocen

dicen que no es un hombre problemático ni nada, lo único que lo dejaron allí para que parara de liarla. Yo me ofrecí a llevarlo a su casa, pero nos pusimos a hablar y le propuse tomar un café, estaba llorando, triste por lo que había hecho, estaba arrepentido y comenzó a contarme su vida.

—¿En serio?

—Y yo, sin saber que hablaba de ti... —Negó con la cabeza.

—¿Qué te dijo?

—Que se lo había cargado todo, su trabajo, su vida, su matrimonio, absolutamente todo y que ahora estaba de bar en bar, con el dinero que tenía ahorrado de la venta, y yo sin caer en que se trataba de ti —soltó el aire.

—Es la verdad, se lo cargó todo y es una lástima, él no era malo.

—Pues yo le di tal charla, que me dijo que la próxima vez que nos viéramos, me iba a sentir orgulloso de él —seguía negando con la cabeza sonriendo.

—El caso es que sus padres lo frenen, pero están mayores, no sé yo si podrán coger las riendas y poner a Erwin, en su sitio.

—Pues es una pena, no se ve mal tipo.

—No lo es, el último año fue lo peor, pero por su dejadez, pasotismo y forma de importarle todo una mierda.

—Quizás tiene depresión.

—Se lo dije, le dije de ir a un psicólogo, pero nada, no había forma de hacerle entrar en razón y lo que más miedo me da es que se gaste el dinero, no se compre nada, no se labre un futuro y lleve una vida de mierda. Me daría mucha pena por él.

—No lo vi mal hombre.

—No lo es, solo que no superó su despido y quizás eso le hizo entrar en un bucle que lo llevó a cargárselo todo.

—Pero es joven, está a tiempo.

—Claro.

—Pues yo le aconsejé que intentara recuperar a su mujer ya que la ruptura no había sido por una tercera persona —negó la cabeza resignado.

—¡No me jodas! —sonreí negando con la mano en la boca.

—Para matarme, pero yo no sabía nada y lo contaba de una forma tan arrepentida y llena de dolor, que le propuse esa posibilidad.

—Como aparezca por la puerta buscándome, te puedo jurar que te mato —dije bromeando, vamos, lo que me faltaba es que apareciera Erwin, me daba un chungo, con lo que me había costado quitármelo de encima—. No pasa nada, no creo que aparezca, pero si lo hace, con dejarle claro todo a la primera, será suficiente.

—Lo peor será cuando nos vea juntos, pensará que yo soy un psicópata o algo, decirle que lo intente con la mujer que está a mi lado —eso de “estar a su lado”, me produjo un cosquilleo en el estómago.

—Se dará cuenta de que no sabías de quién hablaba —di un sorbo a mi café mientras sonreía y negaba.

Nos miramos un rato riéndonos, la verdad es que era una situación un poco cómica, esa conversación que tuvo con mi ex, era lo último que yo me hubiese podido imaginar y encima, que le aconsejara de esa forma.

Estuvo conmigo toda la tarde, luego nos fuimos a su casa, me dijo que iba a preparar unos sándwiches y la verdad es que, por estar a su lado, cualquier excusa era buena.

Las miradas de complicidad con Otto, me hacían sentir como si lo conociera de toda la vida, tenía esa sensación, de siempre haber estado unida a él.

Los sándwiches estaban espectaculares, como todo lo que hacía.

—No quiero que te vayas —dijo cuando acabamos de cenar, pegándose a mí, estábamos en el sofá.

—Mañana trabajas...

—¿Y? Cuando te levantes desayunas y te vas a la hora que quieras a cambiarte a tu casa, que, por cierto, deberías dejar ropa aquí para estas cosas.

—¿Qué cosas? Aún no dije que sí —reí.

—Ni me puedes decir que no, así que mejor que te acomodes, pues no te voy a dejar ir.

Tiró de mí y me extendió sobre el sofá, me quitó los pantalones con una habilidad, que ni yo me los quitaba así, con esa sonrisa que me volvía loca.

—Otto —reí.

—Me niego a soltarla, queda usted detenida —dijo poniendo sus manos en mis caderas y jalándome hacia él.

—Y, ¿qué me vas a hacer? ¿Me vas a poner los grilletes? —pregunté bromeando y riendo.

—Cualquier día... —Apretó mis pechos, esbozando una sonrisa.

Solté un gemido, me ponía encendida...

Me desnudó completamente, luego jaló de mis brazos y me llevó a la cama, me lo hizo con fuerza, con garras, mientras acariciaba con sus dedos mi clítoris y me llevaba a la vez que él, a un intenso orgasmo.

Luego nos quedamos charlando abrazados, con esa sonrisa que enamoraba mi alma. Así nos quedamos dormidos...

## Capítulo 7



Desperté y ya no estaba a mi lado, ni lo había sentido marcharse.

Me fui a la cocina y lo había dejado todo listo, la cafetera preparada, el vaso, el azúcar, el pan, las cosas para untar, todo listo para que desayunara. Era un amor de hombre y yo, me estaba más que enamorando.

Desayuné sonriente y luego me fui a mi casa, me cambié, preparé cosas, comí y vuelta al bar.

¿El primer cliente? Erwin...

—Hola —dije medio sonriendo para no parecer antipática.

—Hola, Dakota —respondió sentándose en la barra, cabizbajo—. Un café, por favor.

—Claro —respiré y se lo preparé, me imaginaba que algo me iba a decir, estaba esperando.

¿Lo peor? En ese momento llegó Otto y cuando Erwin lo vio, lo saludo.

—De ella es de quien te hablé —dijo señalándome.

La cara de Otto, era un poema.

—Sí, lo sé, le hablé de lo que pasó y descubrí que eras su marido.

—¿La conoces? —preguntó Erwin, asombrado.

—Es mi pareja... —dijo en tono serio, pero apaciguado.

—Me estás diciendo que mi mujer... ¿es tu pareja? —pregunto nervioso.

—Tu ex —dije recalcando, desde la barra.

—No, aún no llegó la sentencia —dijo enfadado.

—¿Y? Ya no estamos el uno con el otro, Erwin, asúmelo.

—Y este —señaló a Otto —, dándome consejos. En fin... —Negó con la cabeza, me tiró unas monedas por el café sobre la barra y se marchó enfadado.

—Lo siento... —dijo sentándose.

—No pasa nada, tranquilo —levanté un poco mi mano para que no se preocupara y le preparé un café.

—Metí la pata los otros días...

—He dicho que no pasa nada, además, eso de que soy tu pareja, me encantó —le saqué la lengua.

—¿Y no lo eres?

—Ummm, se perdió esa época donde los hombres cortejaban a las mujeres y luego en un momento bonito, idílico, le pedía compromiso —dije apoyándome en la barra haciéndome la pensativa.

—Bueno, eso es parte de una época, ahora va todo al revés, primero vas a la cama y luego al momento idílico y entre medias, te haces pareja —levantó los hombros —, pero prometo que intentaré echarme a la antigua. Ya no hay sexo hasta que nos casemos —me hizo un guiño.

—¿Casar? Tómate el café, porque creo que estás con fiebre y alta, casi delirando —reí.

—Bueno, puede ser, pero estoy loco por ti —dijo en un arranque de sinceridad—. Quiero intentar forjar un futuro contigo, solo si tú quieres —acarició mi mano por encima de la barra.

—Estoy muy bien contigo, Otto, estoy feliz, el tiempo nos pondrá donde quiera, pero yo elijo estar contigo —me salió mi vena más romántica y él, se metió en la barra y me besó. Menos mal que no había clientes, aún.

—Y una cosa.... —dijo agarrándome por la cintura de manera sexy, con ese uniforme que me ponía a mil por horas —Quiero pedirte algo...

—De rodillas, por favor —bromeé.

—Ok —se agachó sin que me diera tiempo a frenarlo, y agarró mi mano sonriente.

—Quiero, deseo, imploro y te pido encarecidamente que, de lunes a jueves, te quedes en mi casa y de viernes a lunes por la mañana, nos quedemos en la tuya, pero no me hagas pasar ni una noche sin ti —puso su frente en mi mano riendo.

—Mira, lo veo buen plan, así no tengo que ir y venir, me quedo en tu casa por las mañanas y luego vengo a trabajar —lo levanté y lo abracé.

—¡Empezamos hoy! —dijo cogiéndome en brazos.

—Pero, no tengo ropa —reí.

—Vamos a por ella cuando salga, voy a mi casa, me cambio y ahora vuelvo para ir en tu coche cuando te hagan el cambio de turno.

—Vale... —Lo abracé feliz.

La verdad es que todo a su lado era precioso, era como tocar el cielo con las manos y eso de poder estar más tiempo con él, era algo que me volvía loca de contenta.

Pasé la tarde en una nube, luego vino mi compi y le conté por encima, había llegado un poco antes, así que la puse al tanto de todo y saltaba de felicidad.

—No me lo puedo creer, vaya cambio ha dado vida el último mes, quién te lo iba a decir.

—Ni yo misma, me lo creo —reí.

—Entonces te vienes a dos pasos de aquí ¡Qué bueno!

—Bueno eso de lunes a viernes, los fines de semana a la cabaña, con esto de que ya no trabajo los sábados, allí vamos a estar más cómodo con el entorno.

—Digamos que será vuestro refugio de relax...

—Digamos que sí —sonreí emocionada.

—La verdad es que es una pasada como os habéis encontrado, él, con un cambio de ciudad y vida, mientras que tú, intentando vender una casa, aguantando a un marido que es un desastre y ahora...

—Ahora soy la mujer más feliz sobre la faz de la tierra —Bueno, ahora sí que me voy —dije sonriendo al ver a Otto entrar.

—Claro —sonrió negando.

Salí y nos fuimos a la cabaña con mi coche, dispuso una ensalada y unos bocados de queso mientras yo, preparaba una pequeña maleta con pijamas, ropa interior, ropa de diario... Metí un poco de todo, hasta el maquillaje que tenía en cantidad y eso que me maquillaba poco, pues lo dividí en dos neceseres, para tener en igualdad en los dos sitios y no andar trayendo y llevando, además de los productos que usaba de higiene habitualmente, pues eso, que no cabía en mí de



alegría.

—¡Todo listo! —dije tirándome en el sofá.

—Pues cenamos y nos vamos —sonrió de felicidad.

Eso hicimos, cenar e irnos, cerré mi cabaña y me despedí de ella hasta el viernes, volvía a la ciudad, pero disfrutaría de ella los fines de semana.

Esa noche fue super emocionante, las miradas, todo, nos acostamos nada más llegar. Tanto a él, como a mí, se nos notaba felices con este momento tan bonito que estábamos viviendo.

Por la mañana me levanté y ya no estaba, había vuelto a dejar casi listo, todo lo del desayuno, esas cosas enamoraban mi alma.

Tras desayunar, me dediqué a colocar mis cosas, la noche anterior ni me preocupé en hacerlo, me llevó directa a la cama.

Me había dicho la parte del armario que estaba vacía, así que ahí guarde todo, me lo había preparado corriendo el día anterior cuando vino a cambiarse.

Prepárate pasta para comer y unos filetes de ternera, él solía comer en la calle y luego ir al bar a tomar un café, pero ahora comeríamos juntos, como le había dicho, yo me encargaba felizmente de la comida.

Llegó feliz y me dio un abrazo, con muchos mordiscos en la cara, bromeando.

—Anda, siéntate a comer —ya estaba la mesa perfectamente colocada.

—¡Joder!, creo que va a ser el mejor día que coma aquí, después de salir de trabajar —dijo mirando la pasta y los filetes.

Tras la comida, recogió la mesa y yo me cambié para ir al bar.

—Te acompaño —dijo sonriente.

—Descansa un rato, luego vienes cuando te levantes.

—Vale, pero déjame acompañarte —me invitó con la mano a salir y él también lo hizo —, me tomo un café y ahora vengo a descansar y preparar la cena para cuando llegues.

—Está bien —sonreí —, pero la cena ya está preparada. Dejé hecha una empanada en el frigorífico, solo para meter en el horno.

—Eso suena de muerte ¿De qué es? —preguntó echando su brazo por mi hombro, mientras caminábamos.

—De pollo, pero es una receta que me pasó hace muchos años, mi abuela.

—Entonces tiene que ser un espectáculo de sabor.

—Ya lo verás —lo besé y abrí la puerta del bar.

Preparé dos cafés, charlamos un poco y se fue a la casa.

Cinco minutos después, apareció Marta.

—Si tú te pensabas que no me ibas a ver hasta el viernes, ibas apañada... —Se acercó a besarme —Ponme un café, al día de todo y rapidito, que me tengo que ir a seguir trabajando. Esta es, como la visita del médico.

—¡Pero bueno! —resoplé —¿Serás cotilla?

—Pues de toda la vida, larga... —dijo mientras le estaba preparando el café.

—Hemos comenzado a vivir juntos...

—Joder, joder, joder... —dijo alucinando.

—Jodemos también, estaría bueno que solo nos miráramos a la cara.

—Pero tía... ¿En serio?

—Y tan en serio —sonreí poniéndole el café sobre la barra.

—A mí me pide eso Timber y le dan a mi madre, por saco —rio.

—¿Te irías?

—Con los ojos cerrados —suspiró.

—Estás pillada por él... —reí.

—Tanto como tú, de Otto —se encogió de hombros y se ladeo un poco.

—¿Y tú, como lo ves contigo?

—Pues Timber es Timber, siempre happy con todo Dios, entonces no puedo diferenciar mucho, pero tocar, bien que me toca —volteó los ojos.

—Es una persona de mucha paz, así que a todo el mundo trata bien, pero algo notarás.

—Qué se le pone dura, nada más besarme —soltó una carcajada y yo me quedé blanca.

Timber acababa de entrar y la había escuchado, estaba detrás de ella...

Mi amiga al ver mi cara, se lo imaginó y me hizo un gesto con el dedo, frunciendo la cara. Yo asentí con disimulo, pero ella, tan descarada, se tiró sobre la barra haciéndose la desmayada.

—Así que, me la pones dura... —Me hizo un guiño Timber, de que estaba bromeando.

—¡Llamad a una ambulancia! —dijo Martha sin moverse de la barra, ni abrir los ojos.

—A una ambulancia dice... —solté una carcajada.

—Llamad a quién sea, pero que me saquen de esta —decía entre quejidos bromeando.

—¿Ya no quieres ser el motivo de mis erecciones? —esa pregunta en la boca de Timber, hizo reaccionar a Martha y a mí, nos miramos sin creer lo que había salido de la boca del señor más educado y correcto de toda la ciudad.

—Siéntate —dijo en plan chulesco Martha—. Que sí que dije eso, pero de verdad, fue de una forma sana, sin pretensiones y dejando entrever que...

—No te pedí explicaciones, tienes razón, con solo rozarte es reaccionar, pero ¿y qué? Mientras siga reaccionando vamos bien, que no tenemos diez años y vamos a jugar a las canicas —dijo en plan payasete y nos morimos de la risa, yo pensaba que me había meado encima, lo peor de todo es que no había manera de frenar las carcajadas que llevábamos Martha y yo.

Servía cafés y cervezas de vez en cuando, pero estaba con ellos, me lo estaba pasando en esa conversación pipa y Timber, bueno, estaba sacando una parte muy irónica y divertida que desconocíamos en él.

¿Como explicarlo? Es como si ves a una persona que conoces de mucho tiempo, no de haber tenido confianza, pero sí de vivir en esa pequeña ciudad de no más de treinta y tres mil habitantes, donde todo el mundo se conoce, aunque sea de vista.

Entonces esos momentos son los que te hacen sacar una conclusión de las cosas y de las personas y eso nos pasó con Otto, que teníamos el concepto de chico guapo, tímido, vergonzoso, pero simpático y risueño a la vez.

Y cuando tienes un concepto así y suelta esa pregunta que hizo ¿Qué sucede? Que de esa persona no lo esperas y te provoca más risa que si la hubiera dicho otra más deslenguada, pero viniendo de él, nos dejó en una permanente carcajada.

Es como si te piensas que una persona va tan a su bola que no se entera de nada y resulta que lo pillá todo al vuelo, pero se hace el despistado porque con esa filosofía de vida le va mejor así.

Por eso lo decía, me estaba pareciendo Timber, cada vez más, que era todo un nuevo descubrimiento y nos encantaba su forma de ser. Era una persona fácil con la que hablar de cualquier cosa con dos opiniones diferentes, sin necesidad de discutir, era esa persona educada, pero con una parte morbosa oculta.

Se quedaron un buen rato y puedo decir, que me lo pase llorando de la risa, la verdad es que los miraba y hacían una pareja perfecta. Eran tal para cual, los dos iguales.

A la hora del cambio de turno, fui hacia la casa de Otto, mientras cenábamos le conté todo y él, se tronchaba de risa.

—Yo lo acabo de conocer, pero lo poco que he hablado con él, tampoco lo veo tan tímido como dices que te parecía— dijo Otto.

—Este te digo yo, que se soltó tras la separación.

—¡Anda ya! —reía.

La verdad que esos días junto a él, me habían salido más sonrisas que palabras, estaba siendo toda una verdadera felicidad y tranquilidad en mi vida.

## Capítulo 8



Por fin viernes, me gusta ese día pues los dos siguiente no trabajaba.

Otto ya se había ido al trabajo como cada día, yo me preparé el desayuno y fui al mercado a comprar algunas cosas para la comida y la cabaña.

Estaba emocionada, viviendo un momento tan pleno que me aterrorizaba la idea de que pasara algo que lo pudiera enturbiar.

La mañana se me pasó volando, ya tenía la mesa lista cuando Otto, llegó tan feliz como siempre, se cambió de ropa y se sentó frente a mí, para comer.

—Estaba deseando que llegara este día —dijo emocionado.

—Y yo... —sonreí.

—Esta noche a la cabaña contigo y sin salir hasta el lunes —hizo un carraspeo.

—Me encanta la idea, yo también lo deseo.

—Por cierto... —carraspeó —Tu ex, ya está trabajando.

—¿En serio? ¿Cómo lo sabes?

—Fui a entregar unas llaves que habían perdido los de una inmobiliaria y me lo encontré ahí sentado. Ni me saludó —levantó la ceja.

—Vaya, ahora se dedica a vender casas, interesante...

—Me alegró verlo allí, tenía buen aspecto.

—A mí también me alegra y mucho, en el fondo duele verlo destruido de esa manera, no se lo merece, ni él, ni su familia.

—Claro.

Terminamos de comer y me acompañó al bar, se tomó el café conmigo y se marchó, tres horas después habíamos quedado con Marta y Timber, así que los tendría a todos allí.

—Hoy estoy con la regla, el primero que se ponga tonto, le estampo una botella —dijo Ivana, resoplando.

—Relax, deja de decir tonterías —reí.

—Me cae mal todo el que entra, todo, lo conozca o no —seguía resoplando.

—Tienes un mal día...

—Pues por eso, tengo las hormonas disparatadas y como uno se ponga tonto, botellazo que te crio.

—Eso no te lo crees ni tú —dije riendo.

—No lo haría por ti, pero eso libera tensiones —me sacó la lengua.

—Y un buen polvo también las libera —le hice una burla.

—Pero si está el patio fatal, para colmo, viene Otto y te lo llevas tú, se queda libre el Timber y se lo lleva la otra ¿Puedo ser más desgraciada? —Negó y se fue a atender.

Mirándolo así, tenía razón, pero vamos, algunos más había, que no le gustaran a ella era otra cosa, no tardo en volver.

—El primer forastero solitario que entre en el bar, me lo tiro en el baño —hizo un gesto de seguridad.

—Pues mira, te deseo mucha suerte —dije mirando a la puerta y ver que entraba un desconocido, pero claro, con unas pintas...

—¿Lo ves? ¡Puto karma! —resopló y se fue a atenderlo.

Pues sí que la suerte no la acompañaba y ese día menos. Aguanté la risa, mientras atendía a un grupo que acababa de entrar, ya empezaba a verse el ambiente, la tarde de viernes era lo que tenía.

Mas tarde apareció Otto y luego, Martha con Timber, se sentaron y les puse una copa de vino, yo me eché otra.

Martha le estaba poniendo la cabeza a los chicos, a explotar e Ivana, me la estaba poniendo a mí con eso del karma, que se le había enganchado y se le había olvidado que había más gente en el mundo para joder.

—Te juro que yo a mañana no llego, un ataque al corazón acabará conmigo hoy.

—Qué drástica eres —negué con la cabeza.

—¿Yo drástica? Mira, mira... —Se giró y fue a retirar vasos.

Pues sí que tenía un mal día, la tía y de esos malos, malos, malos.

Esa noche terminé agotada, los chicos nos ayudaron a recoger y acabamos en nada, me despedí de Martha que se iba a pasar el fin de semana con Timber. Yo, me monté en el coche de Otto y nos fuimos para la cabaña.

Estaba loca de contenta por estar allí, la había soñado durante un año antes de conseguir hacerla mía.

Otto se sentía muy cómodo también y eso se le notaba, como a mí, como el amor que íbamos sintiendo el uno por el otro.

Esa noche lo hicimos, como casi todas, con esa pasión y ese derroche de felicidad, que me hacía sentir la mujer más deseada del mundo.

Por la mañana no estaba en la cama, ya me lo imaginé poniendo el desayuno, cuando salí al salón me encontré aquello precioso, lleno de globos rosas y blancos en forma de corazones.

El desayuno preparado en la mesa, con unas velas, mirando al canal, contra el color gris del cielo de ese día frío de invierno.

—Me muero... —dije con las manos en el pecho.

—Ni se te ocurra —sacó algo de su mano y lo puso en mi dedo. Era una preciosa sortija de compromiso de oro blanco con una perla cultivada—. Se que no te pedí ser mi pareja de la mejor forma —dijo recordando cuando lo soltó sin previo aviso delante de mi ex —, pero es que yo no quiero que seas mi pareja, quiero que seas la mujer de mi vida.

—La hostia... —dije cuando me puso el anillo, llevando mis manos a la boca —La hostia... —repetí.

—Yo tan romántico y tú tan... —rio apoyándose sobre la rodilla.

—Levanta —lo jalé —y dame un beso. Que sepas que yo, por ti, soy la mujer de tu vida, la de tus erecciones o lo que quieras, pero siempre a tu lado —dije emocionada besándolo.

—Ella, tan fina... —dijo en modo irónico, besándome feliz.

—Qué bonito, de verdad. Gracias, Otto...

—No te mereces menos —nos sentamos a desayunar.

—No quiero quitar los globos hasta el día que se deshinchén —toqué las palmas, feliz, mientras los miraba.

—Bueno, los acepto como compañía —puso los ojos en blanco, sonriendo.

—Más te vale... —reí de felicidad.

Fue un día lleno de emociones, de momentos inolvidables, como cuando llegó la hora de la merienda y abrió el papel que envolvía una bandeja de pasteles pequeños y encima de cada uno, una letra formando un “te quiero para siempre”.

¿Dónde había estado ese hombre tanto tiempo y sin aparecer en mi vida? No podía ser más feliz, podía casi sentir que estaba en el mejor momento, en un momento de esos que sabías que solo pasaba una vez en la vida, que era demasiado bonito y encima, era cierto.

El fin de semana estaba siendo espectacular, el domingo no lo fue menos. Otto, se estaba ganando mi corazón de una manera rápida, casi como una bala que conforme va avanzando te va dejando millones de sensaciones, eso me pasaba con él.

El lunes por la mañana me levanté y ya no estaba en la cabaña, me había dejado su coche allí, para irme a la ciudad, a él, lo recogió un compañero.

Desayuné tranquila, entre esos numerosos globos que se movían por el interior de la cabaña, me miré el anillo y sonreí, como con todo lo que me recordaba a él, esa persona que se había convertido en la más importante de mi vida.

Regresé a su casa y ya llevaba la comida hecha, la había preparado el día anterior en la cabaña, así que metí la carne rellena en el horno y listo para cuando llegara.

Cuando llegó Otto, estaba descompuesto, blanco, su padre había tenido un accidente y había fallecido.

—Tengo que irme, me quedaré allí un par de días, quédate aquí por favor.

—Claro, pero puedo buscar alguien para que me sustituya y acompañarte si quieres.

—Tranquila, prefiero presentarte en un momento menos doloroso.

—Lo entiendo... —dije de corazón, era un momento un poco delicado, como para aparecer conmigo de lo más feliz.

Comió, preparó una bolsa y se marchó, eran unas tres horas de camino. Me puso un mensaje cuando llegó, yo estaba en el sofá de lo más triste por no poder acompañarlo en un momento así.

Trabajé desganada con el corazón en un puño y sin un ápice de alegría en el rostro, ni siquiera para los clientes.

Esa noche la pasé atontada, en la esquina del sofá, llorando, me daba rabia esa situación y no poder estar con él, me estaba sintiendo mal.

Por la mañana lo llamé mientras desayunaba, colgó la llamada y me puso un mensaje.

Otto: No puedo hablar, no es buen momento...

Lo entendía, pero lo noté demasiado seco, había sonado raro, me dejó muy descolada.

Le contesté con todo el cariño del mundo...

Yo: Vale cariño, solo quería escucharte y apoyarte en esos duros momentos. Espero que saques fuerzas.

No me contesto en toda la mañana, ni mucho menos en la tarde. Estuve trabajando, echa un mar de nervios.

—Ivana, te juro que tengo una sensación muy extraña.

—Pero no te entiendo... ¿De qué tipo?

—No sé, pero algo pasa...

—¿Más, que la muerte de su padre?

—Es diferente, sí que está mal por la muerte de su padre, pero su mensaje tan frío, el que no coja la llamada y que no me responda, no sé, me da un mal rollo increíble.

—Está mal, solo es eso.

—Ojalá tengas razón, pero esa rara sensación, no me la puedo quitar.

Esa noche en casa me puso un mensaje...

Otto: Mañana cuando llegues del trabajo, ya estaré en casa.

Solo eso, ni un, “buenas noches”, o un “te quiero”, nada, absolutamente nada. Era el extremo total al Otto, que yo conocía, como sí a este no lo reconociera, como si no tuviera nada que ver con la realidad que yo había vivido con ese otro, Otto.

Esa noche me costó coger el sueño, daba vueltas a la cabeza, me desvelaba y encima, sentí como si la vida me la estuvieran arrancado, poco a poco.

Al día siguiente ni desayuné, un café y listo, no tenía ganas de nada, solo de tenerlo frente a frente y descubrir qué pasaba.

Se me hacía muy extraña esa frialdad y la falta de noticias por su parte, acompañado de un triste mensaje que habría sido mejor que no me hubiese escrito, saber sabía que volvería, pero para escribir eso...

La tarde en el trabajo no fue mejor, muchos de los que me conocían me preguntaron si estaba bien, mi cara debía ser un poema, para que tanta gente, se hubiera dado cuenta.

Llegué a casa y ahí estaba, fui hacia él para abrazarlo, me respondió al abrazo y comenzó a aguantarse las ganas de llorar.

—¿Pasó algo más, que lo de tu padre? — pregunté preocupada.

Afirmo con la cabeza, a punto de romper en llanto, cosa que no tardó en suceder y me abrazó fuerte arrancado por el dolor.

—Otto, quiero que me lo cuentes y ver en qué te puedo ayudar —lo abracé rompiendo también a llorar y lo llevé al sofá.

—No puedo hablar, de verdad, no puedo... —decía llorando.

No sabía que podía ser eso tan fuerte para tenerlo de aquella manera, pero me estaba asustando. Tenía la sensación de que era algo tan grave, que podía separarnos. Era una sensación que llevaba dos días sintiendo, pero que ahora, al verlo así y confirmando que había algo más, me hacía estar en alerta y dolía, dolía mucho no saber y miedo a saber, las dos cosas.

No cenamos, él no dejaba de llorar, luego se duchó y nos acostamos, abrazados, pero sin hablar. Apagó la luz pronto y ahí nos quedamos, tardé bastante en dormir, pues lo notaba respirar agobiado, como si le faltara el aire.

## Capítulo 9



El jueves por la mañana cuando desperté, Otto no estaba, yo me pasé la mañana comiéndome el coco, no entendía que ocurría, no sabía que iba a pasar si quiera con nosotros y eso me mataba.

A mediodía llegó con el rostro triste, me dio un abrazo y nos sentamos a comer, pero el silencio era en ese momento el que prevalecía entre nosotros.

Cuando me levanté a recoger los platos reventé...

—No pienso estar aquí, con este silencio, sin que me dejes ayudarte —dije con tristeza y rabia, pero no me contesto.

Cogí mi bolso y me dispuse a salir cuando volví a hablarle, pues no le veía intención de acompañarme como cada tarde.

—Me iré esta noche a la cabaña, cuando te sientas capaz de soltar eso que llevas dentro, y contarme lo que pasó, estaré esperando, pero así no voy a estar aquí. Esto me hace revivir cosas que no quiero, ni deseo, quiero apostar por los nuestro, pero no con silencios y obviando lo que esté pasando.

Su silencio seguía latente, salí de allí destrozada, llorando y con rabia.

Llegué al bar desolada, llorando, con ganas de partir todos los vasos y botellas que había en el local, obvio que no lo iba a hacer.

Para mi suerte, una hora después llegó Martha, pues le había puesto un mensaje diciendo que me quería morir y no tardó en colarse por allí, la abracé llorando.

—Le pasó algo muy gordo, algo me dice que se encontró a la ex y pasó algo ¿Qué otra cosa podría ser?

—¿Tú crees?

—Los tiros tienen que ir por ahí, no hizo nada por frenarme, ese llanto quizás es la desesperación de no poder retornar a su ciudad pues por el traslado, debe pasar tres años, como mínimo, para solicitarlo. Creo que podría ser algo de eso.

—Pero ¿de la noche a la mañana?

—No sé, me da la sensación por como cambió de repente, como el primer día de marcharse fue su mensaje tan seco, el segundo más, ni un “te amo”, ni algo bonito, o un “te echo de menos” ni ahora me dice eso mientras llora sin consuelo.

—¿Y te vas a la cabaña hoy?

—Sí, cuando salga, tengo mi coche fuera.

—Joder, Dakota, lo siento... —dijo abrazándome.

—Más lo siento yo —dije rompiendo, más aún si cabe, en un llanto de desconsuelo total.



—En su casa tienes cosas, ¿no?

—Ropa, sobre todo, pero es lo que menos me preocupa, ya la recogeré estos días.

—Lo mismo aparece antes y te da una explicación.

—No sé, pensaba que no iba a permitir que me fuera a la cabaña, ni siquiera me acompañó al bar como cada tarde. No sé, creo que se arrepintió de la decisión que tomó de pedirme que estemos juntos, por algo de lo que le pasó.

—Pues me dejas por los suelos...

—Pues imagínate yo, estoy como si me hubieran tirado de una montaña rusa y me hubieran dicho, “¡ahí te quedas!”

—Esta semana adelanté mucho, tengo el trabajo hecho, mañana me voy con Timber, pero si quieres, esta noche, la paso en tu cabaña y nos comemos una pizza que cojamos de ahí enfrente.

—Claro, por favor, vente conmigo, no quiero estar hoy sola.

—Vale, voy a mi casa, cojo mi pijama y una muda y vengo más tarde —dijo abrazándose.

—Gracias, Martha.

Me quedé allí desquiciada, con un ataque de nervios que tenía que ocultar delante la gente que iban entrando.

Tuve la idea de llamar a la persona que me sustituía los sábados y le pregunté si le interesaba trabajar este viernes también, me dijo que sí, así que por lo menos iba a tener tres días por delante para pasarlo en la cabaña, sin tener que fingir estar bien cuando tenía mi mundo derrotado.

La tarde pasó lenta y por fin llegó Ivana, le dije que al día siguiente no iba a trabajar, pero me sustituiría el chico del sábado. Me despedía de ella, cuando llegó Martha.

Fuimos por las pizzas y nos metimos en la cabaña, nos sentamos en el sofá, comimos la pizza mientras charlábamos e imaginábamos las cosas que podrían haber pasado para que Otto, estuviera así.

Nada tenía lógica y todo podía ser...

Esa noche dormí con Martha en la cama, seguíamos charlando, intentábamos buscar una explicación a lo que había sucedido, pero nada.

Por la mañana desayunamos y más tarde, la acerqué a su casa. Más tarde fui al mercado y compré la comida para el fin de semana, aunque pocas eran las ganas de comer que tenía.

Ese día lo pasé en el sofá comiendo chucherías, dulces, de todas las porquerías, menos comer en condiciones, tenía una ansiedad que me estaba matando.

Lo que peor me ponía, era el hecho de las pocas explicaciones o, mejor dicho, ninguna, que me había dado Otto. Ya no era ese hombre que siempre estaba dispuesto a hacerte sentir bien, a aclararte cualquier cosa, como cuando lo conocí. Aquel primer día, le saqué mucha información de su vida y él, no dudaba en contestar sonriendo, ahora que se suponía que debíamos tener plena confianza el uno en el otro, no era capaz de contarme aquello que le estaba sucediendo.

Lloré como hacía mucho, no había llorado, pero me juré a mí misma, que no iba a llorar ni un día más. No podía, ahora que había salido de un pozo sin fondo y perdiendo un matrimonio, volver a caer en una agonía constante por un hombre con el que no llevaba ni un mes. Me lo repetí mil veces, antes de quedar dormida.

El sábado me levanté y me fui a desayunar a una cafetería de la ciudad, quería comprar un pan que hacían los sábados y que me diera un poco el aire, luego me metería en mi adorada cabaña hasta el lunes.

En la cafetería me puse a hablar con Pol, el chico que la llevaba, además de ser el propietario. Me caía muy bien y habíamos estudiado juntos, muchas veces iba allí, me pasaba un rato

charlando y me ponía al día de todo lo que sucedía en la ciudad. Era tremendo, pero me caía muy bien.

—¡Hombre, Dakota, me has abandonado y mucho! —Salió a darme dos besos.

—Ya —me senté sobre la barra y apoyé mis codos en ella, dejando caer mi cara en mis manos —. De verdad, ni me preguntes —reí negando.

—¿Estás bien?

—Estoy —resoplé mientras miraba como me preparaba el café de crema tan espectacular que me estaba poniendo.

—¿Te separaste?

—Sí y me compré la cabaña, vivo en ella.

—Madre mía, cuanto me alegro, ahora te falta venirte arriba y rehacer tu vida.

—Calla, si yo te contara...

—Cuenta, cuenta... —Se apoyó sobre la barra.

—Déjalo, otro día, no quiero llorar —le saqué la lengua.

—Entonces tendré que ponerte yo, al día de los cotilleos —soltó una carcajada.

—Claro, adelante...

—Vino a la ciudad un poli nuevo, se llama Otto —en ese momento me quedé sin respiración —. Por lo visto, están a punto de echarlo del cuerpo hasta que tenga un juicio. Su exmujer, le acusó de malos tratos —el corazón me dio un vuelco.

—¿Como te enteraste?

—Mi hermano, ¿recuerdas que pertenece al cuerpo? Dice que el chaval está destrozado y todos piensan que es una putada que ella le quiere hacer por algo. Los compañeros están poniéndose de su parte para presionar y que no lo aparten.

Increíble pero cierto, eso era lo que le pasaba, su ex le había puesto una denuncia y podía cargarse su carrera profesional, no lo veía capaz de ponerle una mano encima a nadie, ni de broma. Ahora lo comprendía todo...

—Y, para colmo el pobre —siguió —, dicen que se cogió una baja psicológica y volvió ayer a su ciudad.

No me lo podía creer, en ese momento sonó el teléfono y era Ivana.

—Un momento —dije a Pol.

—Buenos días, Ivana.

—Buenos días, guapa. Ayer estuvo Otto aquí y dejó todas tus cosas en el bar, era para que supieras que las tenías aquí.

—¿Qué te dijo?

—Qué tenía que volver a su ciudad, poco más, estaba triste y no mediaba palabra.

—Vale, ahora las recojo y me las llevo para la cabaña. Un besito.

Sentí que mi mundo se desmoronaba, que todo se había ido a la mierda y no podía hacer nada.

Me despedí de Pol y fui a mi bar, lo abrí, saqué mis cosas, las eché en el coche y me fui a la cabaña a digerir toda la información de esa mañana. Menos mal que me había enterado de todo por Pol, pues imagina si me deja todo en el bar y yo sin entender nada... ¡Me volvería más loca!

Todo me estaba sobrepasando, me senté mirando al canal y me fumé un cigarrillo, no fumaba habitualmente, es más, hacía mucho tiempo que no lo hacía, aunque ese día me compré una cajetilla, pues sabía que iba a calmar un poco mi cólera.

Cogí el teléfono y me armé de valor, le puse un mensaje a Otto...

Yo: Sé que lo estás pasando mal, es una ciudad pequeña y se sabe todo, yo te apoyo, yo sé

cómo eres y confío en ti.

No me respondió, sabía que lo había leído, pero no me respondió, algo me decía que su dolor y llanto no se lo permitía. No podía pensar mal, lo conocía demasiado bien y el que yo me enterara y pudiera dudar un poco, eso a él le mataría, le daría mucha vergüenza y dolor, pero yo no pensaba eso, no podía hacerlo. Un hombre como él, no podía cometer semejante atrocidad.

No paraba de darle vueltas al tema, estaba incluso pensando en la posibilidad de ir a buscarlo a su ciudad, seguro que daría con él rápidamente, además, de donde era él, había muchos menos habitantes que en mi ciudad. Era lo que tenía vivir en Alaska, poca gente en mucho terreno.

¿Y si le parecía un atrevimiento por mi parte hacer eso? Dios mío, más valía que me quedara quietecita, porque sí no, ¡madre mía!

Era para coger, tirarse al canal y morir congelada, pues otra cosa no se me ocurría.

Esa noche me desvelé en muchísimas ocasiones, hasta me levanté a fumar un cigarro, al final de no fumar, iba a fumarme el paquete esa noche y encima tener que ir a por otro paquete al día siguiente.

Me hacía mil preguntas, pero lo peor de todo era, que no tenía quién me las contestara, así que todo eran conjeturas y un agobio que me estaba partiendo en mil pedazos.

Tenía que hacer algo, quería ayudarlo, quería decirle con un abrazo que estaba ahí y que confiaba en él, pero es que no me daba posibilidad, ni siquiera me respondía a un puto mensaje.

El domingo me levanté y había demasiada nieve, seguía nevando, casi no se podía salir del frío y aún no habían comenzado los días fuertes de invierno.

Miré el móvil y nada, ninguna respuesta por su parte y aquello me destrozaba más y más, ni él podía imaginar hasta qué punto...

Cogí la butaca y la puse mirando hacia el canal, me senté a tomar un café y a mirar ese espectacular paisaje vestido de blanco, mientras pensaba en Otto, mientras me quería aferrar a algo que me diera una esperanza para volver a recuperar lo que había entre nosotros.

Me refugié ese día en la lectura, aunque no podía sacar de mi cabeza todo el dolor que estaba atravesando Otto, pero al menos, me evadía por momentos, intentando sumergirme en otra historia que no fuera la mía.

El lunes por la mañana me la tomé libre, para limpiar y ordenar un poco el armario, luego me fui a trabajar, aunque estaba todo, que era difícil moverse de la nieve tan densa que estaba cayendo.

Esa tarde estuvo la cosa floja, así que la pasé limpiando más a fondo, mientras escuchaba la música y pensaba en cómo me habían robado la felicidad y la sonrisa de golpe.

El amor duele, eso era obvio, dolía y mucho, era como si desearas algo con toda tu alma y no te hiciera nada más feliz que eso, pero que no lo podía tener, pues eso me pasaba con Otto, lo deseaba con todas mis fuerzas y me había quedado ahí sola, después de probar el sentido de la felicidad en todo su concepto.

Los días pasaron, como las semanas, habían pasado más de veinticinco días y no supe nada de él, ni me había enterado de nada, incluso fui a la cafetería de Pol, para saber si tenía información y nada, solo sabía que estaba de baja en su ciudad y esperando juicio.

Estábamos en vísperas de Navidad, esa noche había fiesta en el bar, después de la cena. Martha se había empeñado en que me fuera a su casa, así que allí cené con ella, además de su madre y Timber, con el que tenía una relación consolidada y en breve ser irían a vivir juntos.

La cena estuvo perfecta, hecho todo con mucho cariño.

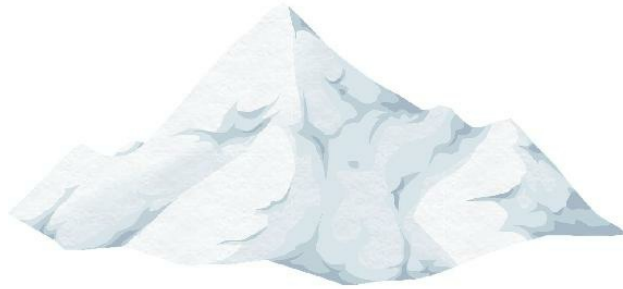
Yo me había encargado de preparar una carne rellena para el día siguiente, el de Navidad,

aunque la pasaría sola había decorado la casa muy bonita y ambientada en esas fechas.

La fiesta del bar estuvo perfecta, fue un éxito, cerramos a las seis de la mañana y, porque la ley lo exigía, si no, eso hubiera durado hasta la tarde, la gente estaba de lo más animada.

Llegué a mi cabaña reventada, me quité los tacones me duché, me puse mi pijama rojo y me acosté.

## Capítulo 10



Me desperté a las dos de la tarde, escuchando unos golpes en la puerta, pensé que era algún animal buscando refugio, al llegar a la puerta me quedé inmóvil.

—Otto... —dije con voz temblorosa.

—Hola, Dakota, feliz Navidad —dijo parado delante de la puerta.

—Pasa, o nos congelaremos ¿Qué tal estás? —pregunté viendo la delgadez reflejada en su cara.

—Bueno, no tan bien como quisiera, pero sigo cuerdo, que ya es mucho...

—Claro —siéntate.

Se sentó sobre la barra de la cocina en un taburete, su cara era de puro dolor.

—¿Un vino?

—Sí, por favor.

—Ahora mismo preparo la mesa, hice una carne rellena que está para chuparse los dedos, con de una salsa de almendras, que creo que nunca probaste.

—Gracias, seguro que está genial.

—Estoy sorprendida, no te esperaba —dije emocionada, casi temblando.

—Sabía que hoy, comerías sola y no lo iba a permitir.

Unas lágrimas comenzaron a recorrer mis mejillas.

—Y, ¿te vas de nuevo?

—Mañana vuelvo —su tono era de estar quemado y destrozado por la situación.

—Vaya... —dije con tristeza.

—Siento haberte apartado de mi vida de esa forma, pero no podía permitir por nada del mundo, que nadie te señale con el dedo por ir conmigo y menos, meterte en una historia que no te pertenece y que por nada te involucraría.

—Me importa una mierda la gente, solo me importas tú, porque te quiero, te creo, te apoyo, eres la mejor persona que he conocido en mi vida.

—Dame un abrazo —dijo levantándose de la silla, nos abrazamos y rompió a llorar con desgarró. Me partía el alma verlo así —Dakota, te amo y te necesito con toda mi alma, si esto sale mal, me apartaré de ti para siempre y si sale bien, volveré y espero que me estés esperando.

—Aunque salga mal, te esperaré Otto, yo creo en ti —dije llorando con rabia.

Estuvimos un rato así, luego llevé la comida a la mesa del salón, que había delante del sofá y allí comimos, charlando, pero sin hablar sobre el tema para no causar dolor. Aunque necesitara saber más, no quería verlo así de hundido.

Nevaba mucho, me encendí un cigarrillo mirando por la ventanilla cuando nos tomamos el café.

—Yo también quiero uno —dijo cogiendo un cigarrillo—. No sabía que fumaras.

—Ni yo, que tú lo hicieras —reí—. Fumo en contadas ocasiones, pero últimamente, me dura un paquete tres días —negué con la cabeza.

—Yo fumaba siempre después de comer, pero fue venir aquí y me quité ese vicio —dijo poniéndose tras de mí y abrazándome.

—Al final nos tiramos a las drogas y todo —dije bromeando.

—No —rio —, no me hagas eso.

Sentirlo pegado a mí, me transmitía lo que tanto necesitaba, tener un contacto con él y por otro, el dolor de saber que volvería a la ciudad y yo me quedaría ahí de nuevo con mi pena y sola.

Pasamos todo el día juntos, por la noche cenamos una crema que yo había hecho típica para ese día, luego le pedí algo de corazón.

—Quédate esta noche —dije cuando me abrazó al fregar los platos.

—¿Lo deseas de verdad?

—No lo dudes, si dependiera de mí, no te dejaría ir nunca.

—Claro que me quedo —me dio un beso, ese que llevaba toda la noche esperando, ese beso pasional lleno de deseo y amor, ese amor que sentíamos el uno por el otro.

Luego lo hicimos, por supuesto, dos veces, una a lágrima tendida, pues los dos sabíamos que eso era parte de la despedida, hasta no se sabía cuándo, o peor aún, para no volvernos a ver.

Por la mañana me desperté y sabía que estaba en la cocina preparando el desayuno, fui hasta allí y me miró sonriendo, no tardó en acercarse para besarme.

—Siento todo esto, Dakota, lo siento... —Me abrazaba con mucho cariño.

—Tranquilo, los cuentos también tienen momentos de dolor —dije con tristeza.

—Para mí, siempre serás la princesa de mis sueños —me abrazaba con mucha intensidad.

—Y tú para mí, siempre serás el amor de mi vida —me salió del corazón y un silencio se produjo entre nosotros.

Ese día lo pasamos juntos, yo no trabajaba, por la tarde se despidió y salió de la cabaña roto de dolor y sin hablar, no quería decir nada, además yo lo prefería.

Había pasado las veinticuatro horas menos esperadas en Navidad, por un lado, me había hecho mucha ilusión y por otro, me había dejado en el punto de partida, destrozada y viendo que lo que más amaba, volvía a irse de mi vida.

Estaba mal realmente mal, estaba jodida...

Me quedé rota, de esos momentos que sabes que no lo puedes superar, que tu corazón comienza a debilitarse y la tristeza a invadirte, así me sentía yo.

Esa noche fue un tormento, el simple hecho de que hubiese venido en Navidad a pasarlo conmigo, era un síntoma de que se seguía preocupando por mí. No sabía ni que pensar, solo que lo amaba.

Al día siguiente pase la mañana cocinando, escuchando música, intentando distraer mi mente, pero no podía.

Me fui a trabajar y a preparar el pedido para fin de año, era la fiesta más importante del año y si en Navidad tuvimos pleno éxito, el fin, de año, iba a ser mejor aún.

Esa tarde apareció Martha por el bar.

—A mí me cuentas lo de Otto, cara a cara, me quedé muerta.

—Pues anda que yo cuando lo vi en la puerta de mi casa... —dije riendo y secándome una

lagrimilla que me había caído —Que duro es todo y qué lástima que tenga que pasar una persona por eso.

—¿Y por qué está en la ciudad, en vez de venirse aquí?

—Allí esta con su madre, que lo está pasando mal por la pérdida del padre y ahora con esto, añadido que aquí estoy yo y dice que no quiere verme involucrada en nada de ello.

—Que marrón... —dijo negando con la cabeza.

—Si lo condenan, dice que no aparecerá por mi vida más ¿Tú te crees...?

—No quiere que nadie te señale, pero no creo que salga condenado, no puede ser que se permitan esas barbaridades por parte de mujeres que aprovechan la sensibilidad de esos temas, para joder al hombre.

—Eso espero...

—¿Cuándo es el juicio?

—No me lo quiso decir, o no lo sabe.

—La verdad es que es una incertidumbre.

—Es una putada, pero una verdadera putada.

—Por cierto, el fin de año lo pasamos aquí Timber y yo.

—Estaría bueno que te fueras a otro bar... —reí.

—Me refiero a que no lo pasaremos en su casa, que vamos a salir toda la noche.

—Estupendo —sonreí.

—Bueno, ahora sí que me voy. Te llamo.

—Claro —salí a abrazarla.

La semana la pasé triste, recordando esa sorpresa que tuve por parte de Otto, pasara lo que pasara, habernos despedido así, me hacía más llano el dolor, de la otra forma fue muy violento y feo.

Llegó el día de fin de año y este día trabajábamos después de las uvas, yo me puse por la mañana a preparar algo de comida para esa noche. Martha me llamo para que cenara en casa de Timber con ellos, pero a mí no me apetecía, quería estar tranquila en casa hasta última hora.

Así que pasé el día relajada preparando la comida y todo lo demás. Sobre las seis de la tarde llamaron a la puerta mientras yo preparaba la cena.

—Pero ¿qué hacéis aquí? —reí al ver a Timber y Martha.

—Si la reina no viene a nosotros, nosotros vamos a la reina —dijo abrazándome—. No te íbamos a dejar sola —me abrazó.

—Hola, Timber —le di un abrazo también.

—Yo me vine en pijama —rio quitándose el chaquetón largo, luego me cambio antes de salir.

—Anda que no, mira yo en pijama hasta que me vaya.

—Pues por eso.

—Qué alegría ser mujer —dijo Timber, sirviendo unas copas de vino.

—Si quieres, te dejo un pijama —respondí bromeando, mientras escuchaba un coche aparcar delante y me asomé en plan cotilla.

—No te desmayes —dijo Martha, sabiendo de quien se trataba.

—¿Otto! —grité sin que me escuchara él, Martha y Timber sí.

—Ese mismo —dijo Martha y la miré.

—Éramos sus cómplices —se encogió de hombros.

—Hola... —sonreí abrazándolo.

—Hola —me abrazó con euforia, levantándose sobre el suelo y riendo de felicidad.

—¿Qué haces aquí? —Me emocioné. Aunque solo fuera a pasar el fin de año, pero lo volvía a ver.

—A cenar con ustedes —mordió de nuevo mi labio y luego se fue a abrazar a los chicos.

Timber le dio una copa y preparamos la mesa, Martha había traído marisco, Otto, trajo una carne que le había hecho la mamá.

—Bueno... — Martha, levantó la copa antes de sentarnos, mirando a Otto, como si tuvieran algo entre las manos —Brindo por la vuelta definitiva de Otto —dijo y en ese momento, miré sus sonrisas y comencé a llorar —y por haber ganado una batalla que no se merecía luchar, pues todos sabíamos que no era posible.

—¿Es cierto eso? —pregunté llorando como una niña chica y el afirmó emocionado. Lo abracé corriendo.

—¡A la mierda, no me dejan terminar mi discurso! —dijo Martha y nos echamos a reír.

—Dale, le tapó la boca —dijo Otto, poniéndome la mano sobre la boca para que no hablara.

—Nada, que espero que este sea el primero de muchos años juntos ¡A la mierda, a llorar! — soltamos una carcajada llena de emociones y yo abrazaba a Otto, con fuerzas.

Nos sentamos en la mesa y yo estaba muy contenta, el semblante de Otto, era de igual manera.

—Entonces, ¿ganaste el juicio?

—No y sí —dijo sonriente—. No se celebró, la jueza con las pruebas que conseguí de audios y mensajes de coacción, amenaza, insultos y muchas cosas más, sentenció que no tenía el perfil de una mujer maltratada y la ha condenado por falsa denuncia, a unos meses de trabajos para la comunidad y una multa de treinta mil dólares.

—Pues sí que le salió cara la broma, a la muy perra —dijo Martha, saliéndole del corazón esas palabras, yo por dentro la estaba poniendo más verde, todavía.

—¿Y por qué ese arrebato por hacerte eso, si se fue con otro?

—Ese otro la dejó y claro, quiso volver conmigo, me llamaba, me enviaba mensajes, me estaba amargando y yo, intentando que no te enteraras. Al final, me dio un ultimátum, o volvía con ella, o me jodía la vida.

—Hija de puta... —dije, quedándome tan pancha.

—Bueno, fuera los malos rollos, estamos en el final de un año que fue bonito y doloroso a la vez, pero en un rato entraremos en otro que será el comienzo de uno brillante —dijo Timber, levantando la copa.

Brindamos los cuatro. Yo estaba feliz, había sido la mejor sorpresa que me podían haber dado, era como si ahora brillara con luz propia, esa noche en la que acababa el año.

Tras la cena, nos fuimos al bar, habíamos decidido dar allí, la bienvenida al nuevo año, así que eso hicimos, brindar con Champagne y tirar las copas hacia atrás, que luego recogimos, por supuesto y no tardó en llegar Ivana.

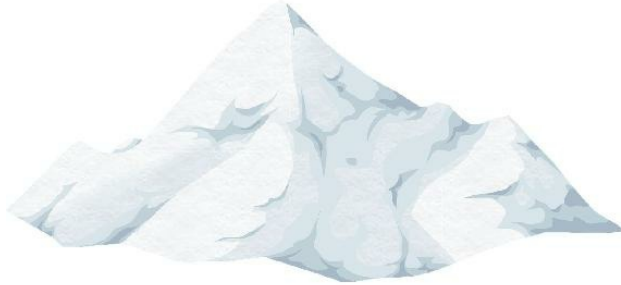
La noche fue una verdadera fiesta, Otto no dejaba de beber, Martha se metió en la barra a ayudarnos feliz, los chicos se quedaron ahí sentado o de pie toda la noche, pero sin moverse del lado de la barra que ya habían hecho suyo.

Por la mañana nos fuimos a desayunar a un bar, donde se concentraba ese día todo el pueblo, todos los que habían sobrevivido a una noche de fiesta, luego nos despedimos de Martha y de Timber y nos fuimos a la cabaña.

Entró conmigo en brazos, la verdad es que estaba que parecía otro, había vuelto mi Otto, ese que yo conocí y que me enamoró, entrando en mi vida, como un soplo de aire fresco.



## Capítulo 11



—Buenos días —dije sonriente y feliz apareciendo por la cocina, sobre las dos de la tarde.

—Has dormido como si no te quedara vida, te vi tan a gusto —dijo abrazándome.

—Necesitaba hacerlo, tengo un dolor de piernas —seguía acurrucada a su pecho.

—Siéntate en el sofá, ahora mismo te llevo el desayuno.

—Gracias —lo besé y me senté en el sofá con la manta fina que había comprado para ello, me encantaba dejarla caer por mis piernas—. Por cierto... ¿Cuándo te incorporas al trabajo?

—Me han dado la incorporación para dentro de dos semanas, el gobierno creyó conveniente que después de lo acontecido, debía obtener unos días para relajarme.

—Qué buena gente son... —dije con ironía.

—Muy buena gente. Me han dicho, tú vete con esa mujer y verás lo bien que lo pasas antes de la incorporación —me sacó la lengua desde la cocina.

—Pues yo tengo la opción de cogérmelas también, ya me devolvieron el dinero de las liquidaciones estatales que esperaba, además, tengo los ahorros que me sobraron de cuando compré esta casa y el bar puede mantener a los dos chicos y sobarme un sueldo digno, así que me da a mí que me voy a coger estas dos semanas y te voy a dar por saco, voy a ser tu sombra —reí.

—Hazlo, por favor —dijo mientras ponía el desayuno sobre la mesa y se sentaba a mi lado.

—Luego más tarde hablo y les propongo, además, me dijo que, si necesitaba más días que viernes y sábados, estaba a mi entera disposición.

—Pues aprovecha —me dio un beso en la mejilla.

—Y, ¿qué planes tienes?

—No separarme de ti, ni un momento —volvió a besarme.

—Eso lo tengo claro, vamos, conmigo a cuestras que vas —sonreí.

—Siempre, menos a lo que te arrastre a hacerte daño...

Era una monería, más bueno y no nace en esta vida, donde la maldad y las malas personas, se dedicaban a hacer ese tipo de cosas sin pensar en la vida de los demás y en las consecuencias que podrían acarrearles.

Pasamos un precioso día en la cabaña, por la noche antes de la cena, coordiné el contratar al chico permanentemente en mi turno, así lo tendría a él y a Ivana en el bar. Yo, iría y vendría, me encargaría de las gestiones y de que no faltara nada, pero me iba a tomar un respiro, al menos lo que quedaba de invierno.

—Me alegra mucho tu decisión —dijo abrazándome—. El bar te deja dinero, no una

millonada, pero si un buen sueldo sin necesidad de estar allí constantemente.

—La verdad es que sí y ahora más, desde que terminé el préstamo del local, pagaba dos mil dólares que ahora me quedan libres y con lo que yo ganaba, le pago al chico y me sigue sobrando. Ahora quiero vivir, llevo mucho tiempo malviviendo por todo lo que había pasado en mi vida.

—Claro, además, no permitiría que te faltara de nada —sonrió.

—Tranquilo, se buscaré las legumbres sola —reí besándolo.

—No me cabe duda. Por cierto... ¿Cómo lo vamos a hacer con las dos casas? —Levantó la ceja.

—Pues podríamos vivir en la ciudad y a esta, venir los fines de semana y en vacaciones.

—Lo veo una idea brillante —mordió mi nariz.

—Mañana si quieres vuelvo a llevar las cosas a tu casa, aunque eso me da un miedo...

—No volverá a pasar nada, no tengo más enemigos —sonrió—. Lo que sí me gustaría, es que fuéramos un par de días a pasarlos con mi madre, para que la conozcas.

—Claro. La mía estará al venir con su pareja, en breve de Canadá, ella tiene su casa aquí, hasta entonces, no te la presentaré —reí.

—¿Y la boda para cuándo? —preguntó haciéndome cosquillas.

—Pues cuando tú quieras, “sí quiero” —dije emocionada, siguiendo la broma.

—Este verano, quiero casarme contigo, este verano —repitió y me sentó en su regazo.

—¿En serio?

—Totalmente —me abrazó con fuerza y creí que iba a morir de amor.

—Y, ¿cuándo quieres que vayamos a ver a tu madre?

—En unos días, cuando ya estemos adaptados, antes de comenzar a trabajar.

—De acuerdo.

Los siguientes días lo pasamos entre su casa y la mía, preparando cosas, felices por estar juntos de nuevo.

Yo me daba una vuelta por el bar, todos los días.

El viernes quedamos en salir con Martha y Timber, en el bar, esta vez yo no iba a estar detrás de la barra, sino con ellos disfrutando de la noche. Me apetecía y mucho, además, estaba de lo más feliz con Otto.

## Capítulo 12



Estábamos en el coche para ir a ver a su mamá y pasar dos días con ella.

Yo estaba nerviosa, me iba a encontrar con esa mujer que era la mamá del hombre que más amaba, encima este año, no tenía ganas de Navidad, eran las primeras que pasaba sin su esposo, se le podía ver en la mirada la tristeza, fue lo primero que noté al acercarme a ella.

—Ella es mi madre, Mariah—dijo Otto, mientras la abrazaba—Mamá, ella es la mujer que te dije que era perfecta para darme una vida feliz.

—Hija— me agarró las manos— ¿Dakota verdad?

—Sí, señora —le di dos besos, sonriente.

—Me alegra tanto tenerte por aquí.

—Gracias —dije emocionada.

La casa de su madre era espectacular, nos instalamos en la habitación de Otto, que era impresionante, con una cama de matrimonio espectacular.

La mamá era muy simpática, pero estaba llena de dolor por lo del marido y lo que le había pasado al hijo, pero ahora estaba más feliz al ver la sonrisa de su hijo.

Salí con la madre a comprar al mercado, Otto se quedó preparando un caldo y nosotras nos fuimos solas.

—Me alegra tanto que mi hijo te tenga allí y que esté tan feliz...

—Claro, Mariah, verá que olvida lo sucedido.

—Sí, por favor, me partió el alma verlo con esa mirada perdida, todo el día llorando. Han sido los días más dolorosos de mi vida, la muerte de su padre y las acusaciones que esa mala persona vertió sobre él.

—Me lo imagino... —dije con tristeza.

—Conocerme a ti fue lo mejor que le ha podido pasar.

—Gracias.

—Gracias a ti por haberlo soportado todo —me abrazó mientras echaba cosas en el carro—. Estas galletas son las mejores del mundo —me hizo un guiño mientras las cogía.

La mamá de Otto era pura clase, saber estar, con esa tristeza por haber perdido a su compañero de viaje de toda la vida, pero era un alma buena, bondadosa. Me transmitía tanto, que era impresionante la buena energía que desprendía.

Después de comer salí con Otto a tomar un café al bar de su amigo Tom, un chico simpático, pelirrojo y la piel blanquita, me hizo mucha gracia, aunque era muy guapote.

Estuvimos un rato allí y luego nos fuimos para la casa, donde cenamos con la madre frente a una imponente chimenea impresionante.

Al día siguiente estuvimos paseando y comprando, luego regresamos a comer y ya nos quedamos todo el día refugiados allí, hacía demasiado frío en la calle.

A la mañana siguiente desayunamos con ella y regresamos a la ciudad, a su casa, luego nos pasamos por el bar, estuvimos tomando un café y para casa, teníamos ganas de soledad de estar el uno con el otro.

Esa mañana desperté y ya no estaba Otto, se había incorporado al trabajo, cosa que tanto él, como yo deseábamos. Sabía que era su vida y que tenía que volver con la cabeza bien alta a retomar su trabajo.

Martha pasó a verme y tomó un café conmigo, en la casa de Otto.

—Me alegra que te haya caído tan bien tu suegra —bromeó.

—Calla, esa palabra me da escalofríos —reí.

—Pues te quedan seis meses para que lo sea oficialmente —dijo e hice la gracia de tirarme hacia atrás mareada—. Serás tonta... —rio.

—Me casaría hoy mismo en pelotas en lo alto de una barca ahí, en el canal, mientras me congelo de frío —solté una carcajada.

—Y encima no estás trabajando, estás viviendo una “ante luna de miel” —negó con la cabeza.

—Estoy viviendo con miedo, desde que pasó aquello, no se lo digo a Otto, pero estoy atemorizada por cualquier cosa pueda pasar.

—¿Eres tonta? No pienses eso y, a esa, ya se le han debido quitar las ganas de liarla más.

—No es por ella, no sé, cualquier cosa, viendo lo sorprendente que es la vida y lo hijo de puta que es el karma...

—¡Ni lo nombres! —rio.

—Y tú y Timber, ya viviendo juntos —sonreí.

—No, solo me quedo con él, un día sí y uno no, no quiero dejar a mi madre sola, aún.

—Bueno, eso ya es vivir.

—Dividida entre dos pilares de mi vida —dijo un poco melancólica.

—Eso sonó muy profundo —negué riendo.

—Estamos atontadas, enamoradas como niñas pequeñas, solo hay que mirarnos las caras, hasta nos hemos vuelto más dóciles.

—Si, dóciles hasta que nos sueltan y nos volvemos lobas —negué riendo.

Adoraba a Martha y su sentido del humor y su ironía tan parecida a la mía, estuvimos charlando un buen rato y luego se fue.

Preparé la mesa y Otto llegó.

—Hola —lo besé sonriente —¿Y eso?

—Hola —me abrazó—. Es una botella de vino carísima, viene de Europa y me la han regalado los compañeros, dándome la bienvenida. La verdad es que todos estaban felices porque se haya hecho justicia.

—No me esperaba menos... —sonreí.

La verdad que la paz en el rostro de Otto, era brillante, volvía a ser él, aunque en su corazón, permaneciera el dolor de haber sido el centro de atención en algo tan bochornoso como lo que le pasó.

Pero, poco a poco, esa herida se cerraría, pues en la vida nada es eterno y mucho menos, el dolor.

Los siguientes días fueron preciosos, como los meses siguientes, sin sobresaltos, viviendo nuestro amor, volcados el uno en el otro y viviendo una historia que estaba predestinada para que sucediera.

Llegó la primavera y las temperaturas eran más llevaderas, no costaba respirar en la calle y podías ir más ligera de ropa, con algo de abrigo todavía, pero más ligera.

Ese fin de semana, como todos, nos fuimos a la cabaña. Otto llegó primero pues ese viernes no trabajaba y tenía que hacer una gestión, yo fui después, ya que tenía que recoger a las doce, unas empanadas y dulces que habíamos encargado.

Cuando llegué estaba toda la cabaña preciosa, llena de letreros por todas partes sobre papeles pequeños con adhesivos.

“Te amo”. “Te quiero”. “Eres mi vida”. “Faltan dos meses para casarnos”. “Eres todo lo que siempre soñé...”

Y un sin fin de mensajes, que me hicieron ponerme a llorar como una niña pequeña.

—Otto... —Lo abracé emocionada.

—Eres todo eso que he reflejado ahí.

—Joder, tienes cada detalle...

—No te mereces menos —me besaba—. Vamos a sacar las empanadas de tu coche —me dio una palmada en el culo.

—Me dio saludos para ti James, el de la librería, dice que hace mucho que no te ve.

—Es verdad, tengo que parar a saludarlo. Por cierto, me dieron el cuadrante de vacaciones. El día diecisiete de junio, el día después de la boda, comienzo las tres semanas que me dan por la boda y luego las cinco semanas de vacaciones —sonrió.

—¡Por favor, dos meses sin trabajar! —Salté emocionada.

—Así es y no hemos pensado en la luna de miel, así que, ve pensando donde te gustaría ir.

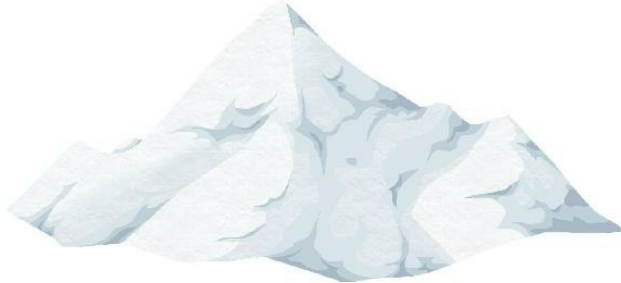
—Pues no sé, a cualquier sitio, me gustaría algo con mucha cultura e historia, que además tuviera playas, una mezcla de todo.

—Pues para eso hay muchos lugares, pero depende de si quieres Europa, América, Asia...

—Quiero ir a Asia, a un sitio como, Camboya o Vietnam...

—Pues lo veo interesante —me mordió la nariz—. Lo iremos mirando.

## Capítulo 13



Y llegó el día, yo estaba de lo más nerviosa en la cabaña, donde mi madre estaba emocionada y Timber también, al que escogí para llevarme hasta Otto, al quien acompañaría su madre.

Habíamos alquilado una finca, allí se celebraría la boda oficiada por un representante legal y, además, sería la celebración.

Otto se emocionó al verme ir hasta él, éramos pocos, pero los suficiente para sentir que estábamos bien rodeados.

Su madre, la mía con su pareja, Timber y Martha, Ivana, Pol el de la cafetería, unos tíos de Otto y otros míos que vinieron desde otro punto de Alaska.

Los miré a todos emocionada y me giré para atender al oficiante. La ceremonia fue preciosa, llena de momentos de risas, de lágrimas y momentos de emoción que quedarían grabados en nuestros corazones para siempre.

Mi madre estaba de lo más llorona, además al vivir en Canadá, nos veíamos poco, eso la hacía estar más sensible.

La felicidad de todos con este enlace se reflejaba en sus caras, la verdad que fue algo precioso los momentos que se vivieron ese día.

—Ya eres mi mujer —dijo cuando me dejó esa noche, sobre la cama de la cabaña.

—Y tú mi esposo —sonreí tirando de él, hacía mí.

—Y encima con ocho semanas por delante, para que te aburras de mí.

—Sabes que eso no podría suceder —lo agarré entre mis piernas y me rozó causándome un ligero gemido.

La boda había sido desde la mañana, un día precioso en el que el sol se dejó ver a lo largo de todo el día y ahora estábamos ahí, en nuestra noche de bodas, volviendo a desfogar toda esa pasión contenida a lo largo del día, en la que nuestras miradas hablaban por sí solas.

A la mañana siguiente salimos rumbo a un viaje que nos llevaría por varios países de Asia, Camboya, Vietnam y la India.

Un viaje de quince días perdidos, solos por el mundo, viendo otras culturas tan diferentes como apasionantes, donde la vida de allí era todo lo contrario a la de Alaska.

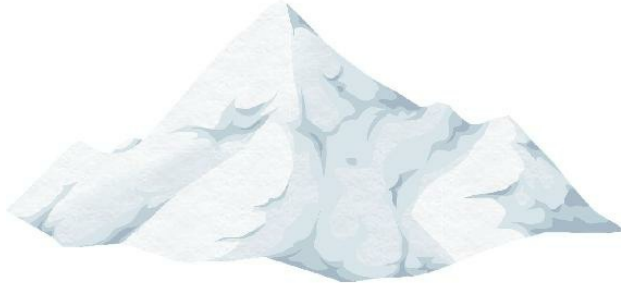
En Camboya y Vietnam, tuvimos momentos mágicos, además de alucinar con la cantidad de gente que había por todos lados, era algo que nosotros no estábamos acostumbrados y que en ciertos momentos nos estresaba, luego terminábamos riendo por las frenéticas situaciones en las que nos vimos envuelto.

El choque fue en la India, era todo tan apoteósico, que nos sacaba el alma, extrema pobreza mezclada con belleza, así lo definía yo, un país con unos contrastes brutales ante la vista de cualquier persona que pisara aquello por primera vez.

Fueron unas vacaciones inolvidables en todos los sentidos, con momentos que te enseñan la realidad de haber nacido en países o continentes diferente, la realidad de saber la suerte que teníamos de vivir en un país con más orden, aquello era todo un desorden lo miraras por donde lo miraras.

Algo tenía claro, que me había enamorado de Asia, pese a ver cosas que no me esperaba, pero algún día teníamos que regresar a descubrir muchos más países de ese continente.

## Epílogo



Habían pasado cuatro años desde aquel maravilloso día en el que nos dimos el, “sí quiero”.

Nuestra vida juntos la habíamos hecho en la ciudad y seguíamos disfrutando de la cabaña los fines de semana, ahora, con nuestra hija Amara, que ya tenía tres años y era el motor y la alegría de nuestras vidas.

El bar iba viento en popa, yo seguía en mi eterna retirada, iba algunos días para dar una vuelta, al igual que Otto, que también lo hacía para quitarme de salir muchos días.

Otto había ascendido, además tenía la suerte de pertenecer a la plantilla de las mañanas, así que, el resto de la tarde era nuestro, al igual que los fines de semana, exceptuando cuando le caía una guardia, pero solo era de ocho horas.

Amaba mi vida y a mi familia, ellos conseguían que no me faltara una sonrisa en la boca.

Erwin, se acababa de casar y le iba muy bien en la inmobiliaria, cosa que me alegraba. Cada vez que me veía con Amara, se paraba y la saludaba, ya, al menos, podíamos mirarnos a la cara con cariño y respeto.

Martha y Timber, se casaban ese día. Amara les iba a llevar los anillos y estaba muy emocionada con ello, para su corta edad era muy lista y sabía comportarse, era todo un orgullo de hija.

Le entregué a Amara y la agarró de la mano, en la otra la sostenía un tío suyo, la abracé y le dije que la quería.

Otto y yo nos dimos la mano durante toda la ceremonia, estábamos emocionados de ver a nuestros amigos ahí, dándose por fin, el “sí quiero”.

Fue preciosa y espectacular, solo faltaba Ivana, que ahí estaba feliz con su chico, un piloto de avión que la estaba haciendo de lo más feliz y ya vivían juntos.

Al final la vida pone orden a las personas, todo llega y lo que está para ti, lo está, pase lo que pase y lo que dure el tiempo de espera, pero todos tenemos un destino escrito y hagamos lo que hagamos, nada nos sacará del camino hacia ello.

Yo estaba feliz, mis amigas ya, con sus vidas por buen camino y yo con mi familia, esa que tanto amaba y que tan alegre me hacían la vida.

—Otto —dije emocionada cuando llegamos a casa y nos tumbamos en la cama.

—Dime, mi vida...

—Será, ¿niño o niña? —dije tocándome el vientre y a él, le cambió el rostro.

—¿Estamos embarazados, de nuevo? —preguntó emocionado.



—¡Sí! Lo sé desde ayer, pero quería que pasara la boda de Martha para decírtelo, de lo contrario te habría tenido todo el tiempo encima, pendiente de mí —reí.

Se le saltaron las lágrimas y me abrazó.

—Da igual lo que sea, será de nuestra preciosa familia.

Y así fue como recibió la noticia, esa que tanto deseaba, pues lo habíamos buscado encarecidamente, aunque se hizo de rogar, ya estaba ahí, formando su vida dentro de la mía, con el cuidado y los mimos de papá y su hermana, que recibió la noticia, dando saltos de felicidad...

**Capítulo 1**

**Capítulo 2**

**Capítulo 3**

**Capítulo 4**

**Capítulo 5**

**Capítulo 6**

**Capítulo 7**

**Capítulo 8**

**Capítulo 9**

**Capítulo 10**

**Capítulo 11**

**Capítulo 12**

**Capítulo 13**

**Epílogo**